



R
E
V
I
S
T
A

**TIEMPOS
NUEVOS**

3
Cts.

La más formidable
novedad en librería

LA ANARQUIA A TRAVES DE LOS
TIEMPOS

DOCTOR M. NETTLAU

350 paginas

3 Pesetas

EDICIONES
TIERRA Y LIBERTAD

Redacción y Administración : Unión, 19, 1.º, 2.º : Barcelona**PRECIO : 30 CENTIMOS**



ESPAÑA Y EL MUNDO

por **D. A. de SANTILLAN**

Vivimos en una crisis, en una descomposición universal de valores, de instituciones, de sistemas. Nada resiste a la piqueta demoledora de los tiempos, y mucho más que la crítica certera y razonada de los pensadores han hecho en los últimos años los acontecimientos mismos en su elocuencia grandiosa y brutal. Por desgracia los pueblos no estaban preparados para un desmoronamiento de tanta envergadura. No lo estaban psicológicamente, ni lo estaban materialmente. De ahí que en su penuria no hayan sabido aún desprenderse de los viejos fetiches y caigan de una idolatría en otra, de una servidumbre en otra, en lugar de recoger todas sus fuerzas y de poner la fe en sí mismos, en su capacidad de trabajo, en su comprensión de la vida, en su moral de justicia y de libertad.

Es deplorable el espectáculo de pueblos que entrañan posibilidades creadoras tan grandes y se arrodillan sumisos implorando un jefe, un caudillo o siguen alborozados a

quienes prometen remachar más firmemente las cadenas de la esclavitud. Pues no queremos cerrar los ojos y ver la realidad sólo a través de las gafas de nuestros deseos y de nuestras aspiraciones. Alemania está satisfecha de su *Führer*, Italia tiene fe en el *Duce*, Rusia confía en Stalin. Poco importa la opinión de algunas minorías disidentes y opositoras, con toda la razón de su parte. No es todo violencia, opresión, salvajismo; es también, y en nuestra opinión más que nada, *servidumbre voluntaria*; es esa servidumbre la que explica esas situaciones.

Los pueblos no tienen confianza en sí mismos; no es culpa suya, claro está, sino de los que hace siglos se han esforzado por minar esa confianza con la educación religiosa, monárquica, marxista. Pero la siembra de esclavización mental da sus frutos, y únicamente los anarquistas, contra toda corriente, han estado inspirando esa fe salvadora y no fueron escuchados. Ahora se pagan las consecuencias.

Jamás se han presentado en la historia condiciones más favorables para un cambio de régimen. Las viejas instituciones, las viejas interpretaciones morales, políticas, sociales, económicas están en quiebra. Bastaría un empujón final para que rodase todo al abismo y para que los pueblos pudiesen, al fin, ser responsables de su destino. Sin embargo, pasan los años, las clases privilegiadas tantean en las tinieblas en busca de soluciones, de cataplasmas, de paños tibios, y aunque van de fracaso en fracaso, como las grandes masas no tienen fe en la propia fuerza, a causa de la educación a que han sido sometidas durante milenios, aun sigue el juego a costa de los que trabajan y de los que sufren. Y lo más curioso es que, en lugar de fortificar esas condiciones insostenibles los frentes de lucha revolucionaria, el panorama mundial nos ofrece una constatación opuesta: se fortifica el frente de la reacción, de la restauración de los viejos poderes intensificados.

RUSIA Y ESPAÑA

La revolución de 1917 en Rusia despertó en el mundo, en pocos meses, millones y millones de esclavos a la conciencia de una nueva vida. Es indescriptible el júbilo con que fué saludada la caída del zarismo y la intervención del proletariado en la regulación de sus destinos. Rusia se convirtió en un símbolo para todas las fuerzas proletarias revolucionarias. Y no fuimos los últimos, sino que hemos estado entre los primeros al lado de Rusia, cuando era la máxima esperanza de los oprimidos.

Pero la política del Estado mató el espíritu socialista y a los pocos años aquel gran país dejó de ser símbolo de liberación para convertirse en ideal de burócratas. Hoy es una potencia imperialista en medio y junto a otras potencias imperialistas, que prepara la guerra como todos los Estados, que tiene tan poco que ver con el socialismo y con los ideales del proletariado como cualquier otro Estado. Era un desenlace previsto, que puede sembrar y extrañar a otros, pero no a los anarquistas, que han señalado ese abismo en su crítica permanente.

Una vez más la historia confirma la exactitud de nuestras previsiones: la política de Estado y el socialismo armonizan tan poco como el agua y el fuego. Si triunfa aquella ha de sucumbir éste, y viceversa. *No se construye el socialismo más que en la medida en que se destruye el Estado y se crean ins-*

tituciones populares de gestión directa de la producción, el reparto y la reorganización social.

Derruido el símbolo de oriente, el mito de Rusia, como lo definió Berkman, ha surgido para las huestes progresivas, para los esclavos insumisos del mundo el símbolo español. Se confía en España, último baluarte del espíritu de libertad, última esperanza de resurrección en este negro período.

No somos patriotas, no glorificamos el nacionalismo; nuestra patria no existe donde no existe la justicia, donde reina la miseria, donde impera la esclavitud. Sin embargo, la visión de lo que podría ser España nos exalta y alienta. En el concierto de las naciones capitalistas este país no puede ser más que un eslabón insignificante, una semi-colonia, un valle de lágrimas, en el que sólo podrán disfrutar y bendecir la vida unas minorías privilegiadas, a costa del sudor y de las privaciones de la gran masa de los obreros y los campesinos españoles. En el régimen capitalista España no puede representar más que un papel extremadamente subordinado, a causa de su atraso industrial, de la ignorancia en que viven las muchedumbres laboriosas, de la pobreza mental y del escaso espíritu de empresa del capitalismo indígena. Si el panorama español ha de ser modificado en el régimen capitalista, lo será por obra e iniciativa del capital extranjero, lo que implicará forzosamente un aumento de la dependencia. Las condiciones de vida reservadas a los que trabajan en España, obreros y técnicos, pueden desde ya preverse, porque se están palpando todos los días.

Pero si el pueblo español rompiese sus ligaduras y procediese a edificar por cuenta propia su morada futura, sobre la base del trabajo, del apoyo mutuo y de la solidaridad, entonces desde los peldaños finales en que se encuentra en la escala de los países modernos, se pondría a la cabeza de la humanidad progresiva, sirviendo de ejemplo y de estímulo para los demás pueblos, convirtiéndose en el gran símbolo viviente del porvenir.

El pueblo español tiene inmensa capacidad creadora; tiene tradiciones de vida libre, tiene recursos materiales, tiene brazos y cerebros. Lo que hoy es un territorio desolado, misérrimo, se convertiría por obra del esfuerzo popular en un lugar habitable, confortable, productivo. En España está todo por hacer: la industria, la agricultura, la riqueza forestal, las vías de comunicación, la ganadería, la cultura. La obra a realizar es

inmensa en todos los dominios y abundan para ello las fuerzas humanas de trabajo, la voluntad creadora, las materias primas.

Una revolución no hará milagros; pero suscitará energías, liberará brazos y cerebros paralizados por el régimen actual, dirigirá los esfuerzos en sentido de utilidad social, y en pocos años de labor apasionada y tenaz, España podrá alimentar a su población, vestirla, alejarla decentemente. Eso en cuanto a las necesidades materiales, que irán creciendo, pero crecerán también las posibilidades de satisfacerlas. Sin contar que esa obra de salvación al margen de las normas capitalistas, por el trabajo productivo, socialmente útil, señalaría al mundo el verdadero camino. España sería una potencia directiva de primer orden. Su palabra sería universalmente escuchada y su conducta no tardaría en ser imitada en todas partes, cayendo al fin en ruinas el fastuoso edificio del autoritarismo, la mayor de las pestes y de las cargas para la humanidad moderna. *Y mientras Rusia prepara su millón de soldados para luchar al lado del capitalismo francés en la próxima guerra, España podría al fin levantar la voz y declarar la paz al mundo en respuesta solemne a la carrera loca hacia la degeneración y el desastre en que compiten los modernos Estados.*

Esta pequeña península podría ser la cuna de una nueva era; y puede ser la tumba de una gran esperanza. El porvenir, no lejano, dirá su palabra definitiva.

EL ESTADO TOTALITARIO

Se vive en un período de descomposición y de ruina. El malestar es general. No sólo llama la inseguridad a la puerta de los desheredados, sino también a la puerta de la burguesía, de los magnates de la industria, del comercio, de la agricultura. En las capas populares se muere literalmente de hambre, de miseria; pero la clase media sufre privaciones terribles y la alta burguesía no tiene ninguna seguridad para el porvenir. Se vegeta en las altas esferas en continuos sobresaltos. De la noche a la mañana puede un potentado encontrarse a la intemperie, como millares y millares después del Krach bancario de 1929 en Nueva York. Crece la desocupación — obrera, intelectual y técnica —; se restringe la producción agrícola e industrial; baja la curva del comercio. Todo es paralización, desesperación, incertidumbre, desorientación. Se poseen los medios para nadar en la abundan-

cia — máquinas, materias primas, brazos humanos — y se sucumbe en la miseria. Se podría ser felices y se es desdichados en el más alto grado. Parecía al principio una crisis periódica a la que sólo haría falta algún pequeño reajuste para ser superada; van pasando los años, los lustros y se advierte que *no es una crisis, sino una quiebra del sistema entero del capitalismo lo que estamos viviendo.* Hace falta una nueva forma de economía. Todo el mundo conviene en ello, pero aun se trata de buscar la solución en la línea del privilegio, de la exclusión de las masas productoras de la dirección de su vida, de su trabajo y de su destino.

Aparece el Estado totalitario. Los capitalistas en tanto que tales se declaran impotentes para entrar por nuevos derroteros, para encontrar soluciones, para superar las consecuencias de la quiebra de su sistema. Ahora bien; se opina que los capitalistas como gobernantes sabrán hacer el milagro. La dirección de la economía estaba hasta hasta aquí en el capitalismo privado; en lo sucesivo estará en el Estado. Es todo lo que la inteligencia de la burguesía, secundada por los esfuerzos marxistas, ha sabido proponer. Un Estado totalitario, se dice, logrará superar las contradicciones de los grupos capitalistas rivales, suprimir las fricciones de las luchas de clases, hacer del aparato económico del país entero una máquina poderosa que responda a una sola voluntad y a una sola presión.

Indudablemente una coordinación económica hace falta, pero la que puede conseguirse por el Estado es, como remedio, peor que la enfermedad, porque no puede hacerse más que a cambio de la extirpación de todos los valores, iniciativas, etc., que no parten del Estado mismo.

Por otra parte el Estado totalitario es la idea de la autoridad llevada a su máxima expresión. Tiene necesidad de fortificar sus instituciones, de reforzar su militarismo, su burocracia, su aparato policial, y ese solo hecho, que encarece horriblemente las cargas tributarias, es el mejor argumento para predecir su fracaso. Uno de los males básicos de las sociedades contemporáneas es la carga formidable del parasitismo fiscal. El Estado moderno es insoportable, no sólo porque es tiránico, sino sobre todo porque es excesivamente caro y porque sus funciones esenciales son obstáculos al buen desenvolvimiento social. Pues ni la guerra, ni la burocracia, ni el aparato policial cada

día más poderoso son factores de desarrollo social, sino trabas mortales al mismo. El Estado totalitario aumenta esas cargas parasitarias, según nos lo evidencian todos los países en donde se ensaya o se tiende a ensayar.

En esas condiciones no puede ser superada la crisis del sistema, la quiebra de una economía; al contrario, tiene forzosamente que ser agravada. La supresión del grito de dolor y de protesta no implica la supresión del dolor y de la razón de la protesta.

Complemento lógico del Estado totalitario es la doctrina del nacionalismo, del racismo, de cualquier cosa que suprima la personalidad ante una divinidad más poderosa. Y el nacionalismo es la guerra. Y la guerra es causa de nuevas calamidades, de nuevas degradaciones de los sentimientos y de los pensamientos humanos. Antes de 1914 eran raros los hombres de cierto valor intelectual y moral que se atrevían a glorificar la guerra por la guerra; hoy es fenómeno corriente la apología de las masacres de pueblos. Lo que quiere decir que el sentido de la humanidad ha perdido terreno y que volvemos a tiempos que creíamos enterrados en los albores de la historia.

QUIEBRA DEL CAPITALISMO

No es sólo el capitalismo privado el que está en quiebra; es decir el pequeño capitalismo. También el capitalismo colectivo, el de los grandes trusts y grandes kartells y empresas que controlan a veces hasta el 100 por cien de la producción de una rama industrial, nacional e internacionalmente, ha sufrido la misma derrota, porque el principio de la producción para los mercados, en vista de la rentabilidad, de la ganancia, es idéntico. ¿Y en qué se aparta de la esencia del capitalismo el capitalismo de Estado? No negamos que tiene sus ventajas — el de la mejor coordinación económica sobre todo — con respecto al capitalismo privado; pero es siempre producción en vista de la venta, de la especulación, de la ganancia y no en vista de las necesidades reales del consumidor. El capitalismo, particular o de Estado, produce para especular con las ganancias, no para satisfacer las necesidades de las gentes. De ahí la contradicción insoluble y el fracaso seguro, inevitable. Las necesidades no están siempre, están raras veces, en relación con los medios pecuniarios para satisfacerlas. Y todos los experimentos que se han

hecho para cuadrar ese círculo vicioso fueron estériles. Y lo serán. Con el capitalismo privado como con el de Estado la gente muere de hambre junto a los graneros repletos, tiritando de frío junto a las tiendas abarrotadas de abrigos; con uno y con otro la desocupación es indestructible, aun cuando temporalmente la intensificación de las industrias de guerra y algunos recursos artificiosos disminuyan en algunos cientos de miles el ejército industrial de reserva.

El Estado moderno, fracasado en sus ropajes liberales y en sus espejismos democráticos, no puede mantenerse ya más que como Estado totalitario, con poder omnímodo en economía, sin freno o escrúpulo moral de ninguna especie cuando se trata de salvar su existencia, aunque sea por muy poco tiempo. *Pero hasta tanto que en economía no se proceda según el principio de la satisfacción de las necesidades, con exclusión del criterio de la rentabilidad, de la especulación y de la ganancia, se avanzará por los mismos carriles de miseria en medio de la abundancia, o mejor dicho, de la posibilidad de la abundancia.*

Hay que salir de la economía capitalista, de la esencia del capitalismo, cualquiera que sea su expresión circunstancial. Sin esa condición no conoceremos días mejores.

CÓMO SE PODRÍA VIVIR

Vivimos muriendo lentamente por concunción, en la ignorancia y en las privaciones, y sin embargo está todo ahí para vivir plenamente y disfrutar de la vida. Hay en España territorio sobrado para trabajar y producir; hay brazos en abundancia—más de un millón de obreros y campesinos en paro forzoso, sin contar tres o cuatro millones de gentes en plena edad de trabajo y apartadas de la labor útil—; hay capacidad técnica, conocimientos científicos para hacer más liviana la tarea productiva y aumentar el rendimiento del esfuerzo humano. Podríamos vivir como corresponde a la calidad de seres humanos, disfrutar de la vida, de la ciencia, del arte. Y la mayoría de los españoles no come todos los días y no come nunca hasta hartarse.

En otros tiempos la capacidad productiva de un país tenía un límite; hoy ese límite, si existe, se encuentra tan lejos que ni siquiera vale la pena recordarlo. España puede ser un magnífico país si todas las fuerzas posibles y existentes fuesen aprovechadas para transformar sus mesetas desoladas,

aprovechar las corrientes de sus ríos y la fuerza del viento, repoblar los bosques, construir caminos y canales de riego, multiplicar las escuelas y las universidades, etcétera.

Nosotros queremos la revolución porque queremos acortar la distancia que hay entre la manera como vivimos y aquella como podríamos vivir, porque sabemos lo que puede producir el trabajo; porque no sólo nos duele la propia penuria, sino la ruina fisiológica de todo un pueblo capaz de ingentes esfuerzos y sacrificios; porque nos mueve el ideal de una España redimida y libre de sus malos pastores, que podría entrar en la historia como la más fecunda fuerza creadora del siglo.

Además, porque si España se salva del capitalismo y rompe las cadenas del Estado, salvará a la humanidad con su ejemplo radiante. Una revolución de carácter social en España, que influiría poderosamente en el mundo, podrá impedir la nueva guerra que se avecina y en cuya preparación se ha concentrado la atención de todos los Estados.

Se puede ir a la revolución por muchos motivos, por razones de estrechez económica, por razones éticas de justicia, por espíritu de libertad; se puede también encarar esta perspectiva: *guerra o revolución*, y elegir este último camino, independientemente de otras consideraciones. Pues bien: una España libre del trabajo emancipado sería el fin de la guerra, el crepúsculo de los retoños de barbarie que crecen por todas partes sobre el terreno abonado del estatismo, del capitalismo y de la desesperación.

REORGANIZACIÓN ECONÓMICA Y SOCIAL

Si queremos salvarnos hemos de buscar la salvación en una reorganización a fondo, económica y social, de forma que los lugares de trabajo sean abiertos a todos los que desean trabajar, que las barreras que impiden el libre juego económico sean suprimidas para siempre, que se restablezca el equilibrio inevitable entre los medios de que disponemos para vivir mejor, para labrar un porvenir mejor para todos y la imposibilidad de ponerlos en función a causa de las contradicciones inherentes del capitalismo. En lugar de mantener un régimen político y económico que, por un lado, deja en la calle más de un millón de obreros industriales y de jornaleros del campo, a más

de los cuatro o cinco millones de parásitos del aparato estatal y del organismo económico y de los privilegios sociales, sobre una población de 24 millones, lo que implica por lo menos tres partes improductivas sobre una que trabaja y produce; en lugar sólo de vivir para llenar el tonel sin fondo del estatismo y saciar los apetitos de las minorías del privilegio, es preciso organizarnos en tanto que productores y consumidores para cooperar fraternalmente en la producción y el reparto equitativo e igualitario de la riqueza.

Y la tarea es sencilla: en cada lugar de trabajo: fábrica, aldea agrícola, mina, nave, escuela, su personal se hace cargo de sus funciones directamente, sin intromisión del Estado y sin reconocimiento previo de la propiedad capitalista. *Todo ha sido creado por el trabajo, y lo que ha sido usurpado a la colectividad laboriosa por malas mañanas o por la fuerza, para llegar a la situación catastrófica en que nos encontramos, debe volver al trabajo, legítimo dueño de todo.* Esos productores se asocian con los similares de otras industrias en el orden local, luego regionalmente, por fin en todo el país, regulando los intercambios, la integración en el proceso productivo de los millones de seres que están hoy indebidamente al margen del mismo. Las organizaciones obreras contienen ya esbozos de una posible ordenación económica inmediata a través de su red de organismos sindicales, cooperativos, etc. Ni el capitalismo ni el Estado tienen una base de acción económica tan completa como la que tienen las organizaciones obreras. Para ellas sería relativamente fácil mañana mismo controlar la producción y la distribución de acuerdo al principio de la satisfacción de las necesidades. Con ello ganarían incluso los parásitos, los que por nacimiento, por educación o por causa de las condiciones vigentes se encuentran al margen de la actividad productiva, en funciones que íntimamente tal vez les repugnan, como las de simples perros de guardia de los caudales de la burguesía.

No llegarán a 100,000 personas las que en España viven libres de toda preocupación económica; y en holocausto a la seguridad de esas cien mil personas, ¿hemos de sacrificar todo un gran pueblo de 24 millones de habitantes?

Con cualquiera que sea el régimen político estatal, tendremos a un lado una ínfima minoría que puede gozar de la vida; a su

lado ejércitos de soldados, de policías y de burócratas, sin contar las series sin fin de intermediarios inútiles del engranaje comercial, industrial y financiero del capitalismo; a otro lado una masa trabajadora degenerando en la miseria, criando una raza enclenque, sin energía, sin voluntad, sin nervio. Solamente una socialización de la riqueza, solamente la toma de posesión de las fábricas, de los medios de transporte, de las minas, de las instituciones de enseñanza, de las tierras por los que trabajan puede hacer en España una vasta comunidad igualitaria de trabajo de casi 12 millones de personas, donde no alcanzan a cuatro millones, y transformar en muy pocos años su aspecto exterior y sus posibilidades materiales y humanas.

DOS CAMINOS

Volvemos a repetir lo que hemos dicho tantas veces. Hay que elegir de una vez. A un lado el Estado, es decir, el capitalismo, es decir, la guerra, es decir, la desocupación, es decir, el aplastamiento de los productores por las cargas fiscales tanto como por la persecución del pensamiento y de la acción libres; a otro lado la socialización de la economía, la entente directa de los productores para regular la producción y la distribución de los productores según las necesidades, sin tributos al estatismo, sin beneficios de empresa, sin interés del capital, sin renta de la tierra, o sea sin parasitismo económico, político y social, sin labores improductivas y socialmente dañosas, sin muerte prematura por el hambre, por la guerra, por el desgaste. Uno de esos dos caminos hay que elegir.

Y quisiéramos que los mecidos todavía en ilusiones dictatoriales, en mitos de gobiernos proletarios, advirtiesen ya, pues es hora, que el capitalismo de Estado no es supresión del capitalismo ni conduce a otra cosa que a una reanimación pasajera del capitalismo; que el gobierno «del proletariado» no es más que un gobierno como cualquier otro, peor todavía, porque liga espiritualmente a sus instituciones a los trabajadores en la esperanza de soluciones imposibles.

Hay una vía distinta, la nuestra, la de la socialización y la entente de los productores, de todos los productores en tanto que tales, de todos los consumidores, al margen de sus ideas religiosas, políticas y sociales, pues todos tienen un interés básico: *entrar*

en posesión del producto de su trabajo. Y como todos los productores aspiran a eso, importa poco si creen en Dios o en el diablo, importa poco si son religiosos o ateos, católicos o protestantes, conservadores o socialistas, nosotros proponemos la única solución que puede realizar ese ideal de los que trabajan: el ideal de la posesión del producto íntegro de su esfuerzo, sólo posible en una economía socializada.

¿Qué ha de dar España al mundo en el camino del Estado reaccionario, de las leyes de orden público, de los Estatutos de Prensa, de la lucha contra la revolución? No dará más que lo que han dado todos los Estados que le precedieron: más miseria, más opresión, más ruina, más pobreza intelectual, más abyección moral. Por el camino de la socialización económica, en cambio, se convertirá en una palanca mundial, mostrará la senda que lleva a la libertad y a la felicidad, al aprovechamiento pleno de la ciencia y de la técnica grandiosas para prosperar y progresar hasta lo infinito. Si los patriotas sinceros, en el caso que los haya, reflexionasen un poco, verían que también en nombre del patriotismo es preciso tomar el camino de la socialización, que es el camino de la vida, del trabajo de todos y para todos, de la seguridad general.

UN VOTO PERSONAL

Tenemos presente ejemplos de todos los países, donde hemos visto, de cerca o de lejos, cómo han caído los movimientos progresivos y han sido arrollados o exterminados por las hordas de la regresión. No quisiéramos ese triste destino para España y en ese terreno podemos sacrificar mucho de nosotros mismos. Aspiramos a un régimen libertario, sin leyes ni autoridades, donde impere el libre acuerdo y la solidaridad. Nosotros podemos y sabremos vivir conforme a nuestras proposiciones; y tenemos la convicción que hasta los más envenenados por el virus del autoritarismo, se amoldarán gustosos y felices a un régimen de vida, de trabajo, de ayuda mutua como el que nosotros propiciamos. Abrigamos el firme convencimiento de que *el mundo será feliz solamente cuando sea libre, cuando haya extirpado de su seno, de sus instituciones, de sus ideas la dominación y la explotación del hombre por el hombre.* Pero no es culpa nuestra si ese ideal no es sentido ya y comprendido por todos. Aun cuando somos numerosos, somos todavía

minoritarios, y si como minoría quisiéramos llegar lo más lejos posible en el terreno de las realizaciones, como integrantes de un vasto conjunto social, quisiéramos que ese conjunto se desembarazase lo más posible de las trabas que obstruyen su derecho a la vida.

La situación es grave. El enemigo se ha encerrado en sus ciudadelas y amenaza desde ellas con el exterminio general de todos los movimientos progresivos. *Seremos los primeros en caer, pero no seremos los últimos*, como en Italia, como en Alemania, como en todas partes. Se habla en consecuencia de alianzas defensivas, de frentes únicos. No podemos rehuir ninguna confluencia de esfuerzos, ni queremos tampoco rehuirla. Y estamos cansados de propiciar un mutuo apoyo de todas las tendencias que miran al porvenir para evitar el retroceso inminente en la dirección del fascismo. Hemos invitado inútilmente a las izquierdas políticas y sociales a meditar, a salir de pequeños círculos de intereses y de visión y a contemplar el panorama español y mundial. Decíamos a la «Esquerra» de Cataluña que todo cuanto emprendía con el propósito de debilitar nuestras posiciones lo emprendía directamente contra sus posiciones propias; decíamos a los socialistas y republicanos del bienio, que todo cuanto se esforzaban por minar la potencia de la C. N. T., lo hacían en propio daño. Todo fué en balde. Pero no queremos darnos por vencidos, e insistiremos en cuanta ocasión se presente.

Nos ha demostrado la experiencia que por la afirmación del Estado, de cualquier Estado, los males económicos, sociales y morales, no sólo no se alivian, sino que se agravan, no pesando absolutamente nada el cambio de timoneles y de ideologías. Por eso no queremos participar en alianzas y frentes únicos y en compromisos que no nacen de la base, del seno del proletariado, de los centros de la producción y que se conciertan casi exclusivamente sobre el reparto del futuro botín de los cargos públicos en el nuevo Estado. O que ostensiblemente no tienen más finalidad que la de poner obstáculos a una determinada forma del fascismo, a una determinada forma de tiranía, a una forma particular del capitalismo.

Estamos dispuestos a sacrificar mucho de nosotros mismos, porque lo que está en juego exige sacrificios, pero no podemos negarnos, y negar la significación reaccio-

naria, antisocial y antiproletaria del Estado, es tanto como el suicidio. Bienvenidos los frentes únicos, las alianzas, sí, pero para que al fin los productores sean dueños del producto de su trabajo, no para conspirar en torno a la forma de cambiar los usufructuarios del trabajo ajeno.

No lo decimos con espíritu estrecho de partido, sino con toda la amplitud que la gravedad de la hora reclama. Solamente en torno a nuestra bandera puede lograrse la unidad de acción de todos los productores, de todos los que aspiran a vivir de su trabajo.

Urge el frente único de los que quieren salvarse y salvar a España y a la humanidad de la catástrofe que se avecina, frente único que no puede crearse más que en el terreno de la libertad, del buen acuerdo y del respeto mutuo, presente y futuro. ¿Y cómo conseguir esos resultados poniendo en la condición primera la conquista del Estado y su dominio para dar desde allí fuerza de ley a ambiciones particulares? ¿No se quiere comprender que el enemigo es el Estado? ¿Que el Estado no puede conciliarse con la libertad, como el agua no se concilia con el fuego, y que tampoco puede convivir con la demanda fundamental: ¡el que no trabaja no come!?

¡Cuán fácil sería a los trabajadores ponerse de acuerdo si no se mezclasen en sus cosas los ambiciosos de mando de los partidos políticos!

Ni por la vía parlamentaria ni por la de la insurrección volverán las izquierdas políticas al Poder. Por eso les invitamos modestamente a que renuncien a esa ambición nefasta y a que se unan al mundo del trabajo, de los que quieren vivir sin explotar el esfuerzo ajeno. Entonces nos entenderemos, y ese entendimiento será el fin de los negros fantasmas de la reacción y el comienzo de una nueva vida. Repetimos que podemos sacrificar mucho de nosotros mismos, y olvidar no es pequeño sacrificio. Pero olvidar agravios, olvidar los crímenes cometidos contra nosotros, no olvidar nunca la ruta, el norte que lleva a la salvación. Y la salvación está hoy en el reconocimiento de nuestras reivindicaciones fundamentales inmediatas: *la supresión del aparato estatal, la abolición de la propiedad privada y la reorganización de la vida económica y social sobre nuevas bases de justicia, de trabajo, de libre desenvolvimiento de los grupos de productores.*

Para un creyente, Dios es la suma providencia, de cuya voluntad depende todo. Sin su deseo explícito, no se mueve ni la hoja del árbol, aunque sople el viento. Al emanciparse de las creencias religiosas, el hombre ha abandonado la idea de esta providencia, y los astros no tienen

necesidad de su voluntad para ocupar su puesto en el universo y girar incesantemente en sus órbitas. La ciencia nos va descubriendo los factores que determinan cuanto ocurre en el Cosmos, reduciendo de un modo progresivo el volumen de lo misterioso. Pero de esta mentalidad religiosa en que creció la humanidad, nos han quedado posos y residuos, que nos han hecho sustituir la Providencia divina por otras providencias de menos categoría. El Estado es la providencia que rige la vida de las naciones y hace posible la convivencia en las modernas sociedades. Para sus creyentes, no habría posibilidad de vida en sociedad sin el Estado. Consume y no produce; pero sin él la economía nacional se arruinaría. Es un lujo que apenas pueden sufragar los pueblos; pero se teme, sin su mediación, que el trigo no nazca, y que las cosechas se pierdan, aunque el labriego fecunde la tierra con su trabajo y la abone con su ingenio.

En las orquestas, se ha hecho de la batuta del director, la providencia clave del concierto, aunque cada músico toque a maravilla y conozca a la perfección su papel. Sin la batuta, ni siquiera sonarían los instrumentos.

Una industria, es lo que es, por el acierto de su gerencia, ya que sin ella no valdrían nada la pericia de los operarios y el trabajo agotador de los obreros.

Una cuadrilla de obreros manejando el pico hasta el cansancio, no moverían tierra si les faltara el capataz, providencia que no suele manejar otro pico que el de la lengua.

Hasta en una asociación, o en una organización obrera, nada valdría la cooperación de sus adherentes, si prescindiera de su Directiva, de la providencia de unos elegidos, de quienes se espera todo lo que pueden y lo que no pueden hacer. Cuando sur-

La mentalidad providencialista

por I. PUENTE

ge un problema, se nombra una Ponencia para que lo estudie, y una Comisión para que lo resuelva. De este modo se consiguen organizaciones a las que falta la savia de asistencia y de convicción y de voluntad de los afiliados, que es precisamente lo que puede darles pujanza, valor y solidez.

Creo que de este sedimento providencialista, que facilita el engrimiento de unos pocos y la pasividad del resto, que hace depender de la actividad o del acierto de media docena, lo que debiera ser resultado del concierto de voluntades de todos; creo que de esta mentalidad, repito, no se han curado los sindicatos, y por su misma índole de repudio y aversión al liderismo, la C. N. T. sale más perjudicada que ninguna otra organización, con todo lo que tienda a disminuir y borrar la participación de cada confederado.

El auge de la Confederación no ha de estar a merced de la providencia más o menos afortunada de sus accidentales dirigentes, quienes, para que sean meros intérpretes, han de verse respaldados por la actuación y participación activa del resto de los componentes.

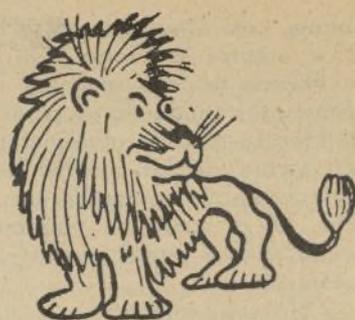
Para que la importancia del afiliado anónimo adquiera todo el relieve que tiene, es menester que el individuo no consienta en postergarse dejando a otros el cuidado de hacer aquello que sin la asistencia de todos y la suma de voluntades, no puede lograrse.

El valor substantivo social está en el individuo. Económicamente, en el productor que crea riqueza con su esfuerzo muscular y mental. Políticamente, en el hombre que no delega en nadie su interés por la cosa pública. Sindicalmente, en el afiliado que tiene conciencia de su papel social y voluntad de manumitirse. Revolucionariamente, en los dispuestos a dar su vida en la acción insurreccional. Si falta este valor fundamental, nos sobran todas las providencias.

Estas nunca han hecho otra cosa que adornarse con plumas ajenas. El oprimido no puede esperar nada de su intervención. Son las providencias como la mosca que iba encima del buey, y decía: «Todos aramos».

◆ APOLOGÍA DE MI PATRIA

por **LEO CAMPION**



PATRIOTISMO Y PACIFISMO

He preguntado a uno de esos individuos de mal talante que conservan el sombrero en la cabeza cuando se pronuncia el nombre de Mr. Poincaré y encienden su cigarrillo mientras se toman medidas de protección para las poblaciones civiles contra los



ataques aéreos, que me indicase lo que pensaba de la patria. Eso a fin de refutarlo victoriosamente.

Me ha declarado lo que sigue:

— Bien considerado todo, y teniendo en cuenta las múltiples definiciones que de ella se dan, la patria es el país en que el azar nos ha hecho nacer y en la que la necesidad nos obliga a vivir.

«Mi calidad de belga, aun cuando sea una calidad, no tiene ninguna importancia. Lo mismo que mi calidad de bruselés, que mi calidad de brabançon, que mi calidad de wallon o que mi calidad de europeo.

«Yo no he escogido esas características. Es el azar el que me ha hecho nacer donde he nacido; ese mismo azar que me ha proporcionado una nariz en forma de trompeta, una calvicie precoz y un sexo masculino. Y no tengo forzosamente afinidades suplementarias con otro individuo, bajo el

pretexto de que es belga como yo, o que es calvo como yo, o que es del mismo sexo. Yo me entiendo, en cambio, muy bien, a pesar de nuestras particulares diferencias, con algunos extranjeros (1), con gentes provistas de una nariz griega, con seres hirsutos o con criaturas de otro sexo. En este último caso, al contrario, es precisamente lo que nos diferencia aquello que nos une.

Y concluyó en consideraciones de etiqueta pacifista, tan estúpidas como nauseabundas y cenagosas, del género de las que siguen:

— El patriotismo no es ni un sentimiento ni un instinto; el corazón lo niega, como la razón. Es una necesidad para los que viven



de él, y hacen de él un dogma para los que mueren por él.

«El principio de una guerra entre Bélgica y Alemania, por ejemplo, me parece tan estúpido como el principio de una guerra entre Ixelles y Bruselas, entre el Bra-

(1) Esto equivale a una confesión que individuos de este género están a sueldo del extranjero.

bante y el Hainaud, entre Europa y América o entre la Tierra y la Luna.

Habría podido rechazar de un puntapié semejante tejido de inepcias.

Habría podido denunciar a la justicia, en virtud de las nuevas leyes Devéze, al que se había entregado con tal inconsciencia, en el curso de una conversación privada, a esos temas incontestablemente subversivos.

¿He sido tolerante?

¿He sido débil?

Me he contentado con responder muy simplemente esto:

— En nuestra época del progreso y de la civilización, todo el mundo se declara pacifista, desde los señores Devéze y Laval hasta Mussolini y Stalin.

Y aquí grité:

— ¡Desconfianza y rómpele el cuello!

«Los señores Devéze y Laval tienen razón y su sinceridad no puede ser puesta en duda, porque Bélgica, y su gran amiga latina Francia, no mantienen más que ejércitos defensivos, y nada se parece más a la paz que la guerra defensiva.

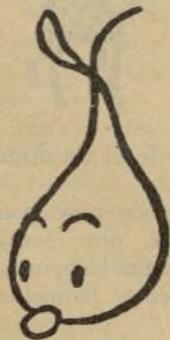
«Pero el
... .. bolchevista Stalin, se equivocan incontestablemente. Ante todo por principio y definición; y luego porque Alemania y Rusia mantienen ejércitos defensivos y no están autorizadas, por tanto, para hablar de paz.

«Lo que había que demostrar.

«En cuanto a Mussolini, esperaré la próxima guerra para pronunciarme, no sabiendo qué hará; y no olvidando que una princesa belga subirá un día al trono de Italia.

APOLOGIA DE LA IDEA DE PATRIA

La patria es el amor al suelo nacional.
Es ese territorio, circundado por glorio-



sas fronteras, que constituye aquel lugar en el mundo donde uno se encuentra mejor.

42 TIEMPOS
NUEVOS

La patria es también la tierra de los antepasados.

Es la unión fecunda de individuos de la misma raza, que hablan armoniosamente la misma lengua, que comparten la misma creencia, que piensan lo mismo, tienen aspiraciones idénticas y son sometidos a un mismo Estado donde gozan de las mismas libertades, en bien de sus intereses comunes.

DEMOSTRACION: LA PATRIA ESTA EN EL AMOR AL SUELO NATAL

En efecto: yo he nacido en Montmartre y soy belga, Hitler fué austríaco y el general Weygand, nacido en Bruselas, honra nuestros servicios nacionales de exportación.

Otros han nacido a bordo de un barco en alta mar.

Para un francés, por ejemplo, la patria es a la vez Burdeos, Strasburgo, el macizo central y la Costa Azul.

Conozco una dama que ha nacido en Tournai y que no conoce el flamenco. Y bien: en virtud del amor al suelo natal, Flandes es también su patria. Pero Lille, que está tan próxima, y donde se habla el mismo patois, es el extranjero.

Estas excepciones no hacen más que confirmar la regla.

En cambio, está fuera de duda que es por amor al suelo natal, y por defenderlo, que los negros del Senegal y los amarillos de la Indochina, han protegido a París contra los alemanes en 1914.

El que pretendiese lo contrario sería un mal belga, un gañán cualquiera, un cantañanas.

El apego al suelo natal es innegablemente el más poderoso fermento del patriotismo. Los autonomistas catalanes, bretones u otros, lo confirman todos los días; y los separatistas flamencos son la prueba formal de que el bilingüismo es el más seguro cimiento de la unidad nacional.

LA PATRIA ES UN TERRITORIO CIRCUNDADO POR FRONTERAS

Es lo que hace que la patria sea intangible. Las fronteras son en efecto lo que hay de menos variable y menos artificial; son la cosa más inaccesible en el Mundo para los aviones y la telegrafía sin hilos.

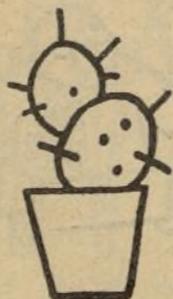
Como decía Pascal:
 «— Si vivís de este lado del agua, sería injusto mataros así; pero como habitáis al otro lado, soy un bravo y eso es justo.»



Es por múltiples razones que los alsacia-no-loreneses, patriotas alemanes ayer, son hoy patriotas franceses; y que los habitantes de Eupen-Malmédy, patriotas alemanes ayer, son hoy patriotas belgas. Lo que nos vale una tercera lengua nacional y la demostración brillante de la superioridad de nuestra cultura latina que realiza tales prodigios.

LA PATRIA ES EL LUGAR DONDE UNO SE ENCUENTRA MEJOR

Es por eso que los emigrantes, los desocupados y los habitantes de las covachas son puras leyendas divulgadas con fines inconfesables.



Afirmo que no hay un belga que no ame la lluvia nacional tan frecuente bajo nuestros cielos inclementes, y que no hay uno de mis compatriotas que se rebaje a apre-

ciar el sol del mediodía, *porque es un sol extranjero.*

Sería, pues, inexacto decir que es porque un belga tiene una familia, una situación, por precaria que sea — rutinas y hábitos, o incluso el temor a caer más mal —, por lo que es retenido en su país. Sería falso, archifalso.

Suponer que un belga digno de este nombre pueda estar mejor en otra parte que en su cuadro habitual, es una pura hipótesis.

Decir que si no se va es porque no tiene ni medios ni posibilidades de hacerlo, y esa es una razón, es un error.

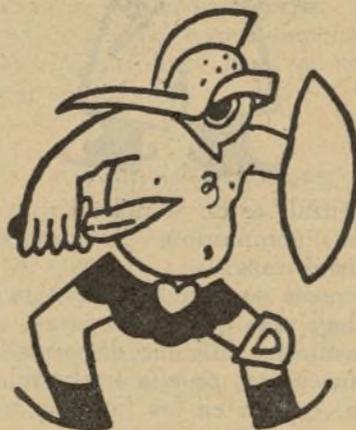
Porque si fuese posible y verdad, sería la resignación. No sería ya patriotismo.

Ahora bien: el belga no es resignado. El belga es patriota.

Esto es tan evidente que se ve aun cerrando los ojos.

LA PATRIA ES LA TIERRA DE LOS ANTEPASADOS

Primero porque han muerto y no sostendrán lo contrario. Luego porque la tierra



es de todo el mundo y de nadie, y porque ignoro quiénes eran mis antepasados, y si mi tatarabuela flirteaba en 1815 con cosacos lo que me dispensa de consultarles. En fin porque César ha dicho que los belgas eran los más bravos entre los galos.

Que mis antepasados hayan sido españoles, franceses, romanos, tártaros o micronesio-papúes, poco importa, pues yo soy belga, y esa es mi fe, mi fuerza y mi sostén.

Y jamás diré bastante el desprecio que puede inspirarme un individuo como Jean Richepin, que se atrevió a escribir:

«No se es hijo de nadie, se es hijo del destino. De quien puso un espermatozoide ciego en el ovario.»

A eso respondo con una palabra, una sola:

— ¡Puah!

LA PATRIA ES LA UNION DE LOS INDIVIDUOS DE LA MISMA RAZA

Los judíos están diseminados en todas las partes del globo, es verdad; pero el corso, compatriota del bretón, es de la misma raza; como el vasco, compatriota del lorenés, es de la misma raza; como el senegalés, ciudadano francés y compatriota



del provenzal, es de la misma raza; como el wallon, compatriota del flamenco, es de la misma raza.

Y las razas se han fusionado tan poco, que no hay más que razas puras.

El racismo es sinónimo de verdad.

Por otra parte, prueba irrefutable de lo que digo, es que en las familias reales es donde se encuentra menos sangre extranjera.

LA PATRIA ES LA UNION DE INDIVIDUOS QUE HABLAN LA MISMA LENGUA

Se habla francés en Francia, en Suiza, en Bélgica y en Haití.

En Francia se habla bretón en el Oeste, vasco en el Sur, provenzal en el Mediodía, auvernés en el Centro, flamenco en el Norte, alemán en el Este y todas las lenguas en París.

En Bélgica, país bilingüe, se habla un

flamenco que no tiene más que lejano parecido con el holandés; y un francés atiborrado de belgicismos. Mi compatriota flamenco comprende mejor al extranjero holandés que a mí mismo.

Los derrotistas pretenderán, basándose en estos hechos, que la preferencia senti-

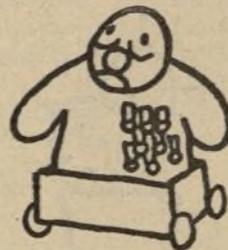


mental que se experimenta por la lengua materna no es más que una excusa de la incapacidad para conocer tan bien otra lengua o de la pereza para estudiarla.

No me rebajaré a responder a un argumento tan mezquino.

LA PATRIA ES LA UNION DE INDIVIDUOS CUYAS ASPIRACIONES SON COMUNES Y PIENSAN DEL MISMO MODO

Los señores Vandervelde, Devéze, Jacquemotte, de Broqueville, Borms y Hem



Day son belgas los seis. Es por eso que tienen las mismas ideas, aunque las expresen a veces diferentemente.

Sin discusión, los nacionalistas belgas y los comunistas belgas tienen los mismos sentimientos y fuman del mismo modo.

Los católicos belgas comparten el modo de ver de los protestantes belgas y tosen con la misma cadencia.

No se le ocurrirá a nadie la idea de poner en duda que los campesinos y los habitantes de las ciudades, los delicados y los payeses, los capitalistas y los proletarios, los invertidos y los impotentes, no tienen en nuestra pequeña patria, como en todas las demás, los mismos gustos y las mismas costumbres.

En cambio, es bien evidente que no hay ninguna comunidad de ideas entre el ruso Bakunín y el español Ferrer, o entre el alemán Marx y el ruso Lenín.

Como el objetador de conciencia belga está incontestablemente mucho más cerca (1) del oficial belga que del objetor de conciencia polaco que comparece ante un Consejo de guerra polaco y no ha bebido jamás un vaso de *gueuzs lambic*.

LA PATRIA ES LA UNION DE INDIVIDUOS SOMETIDOS A UN MISMO ESTADO Y QUE GOZAN DE LAS MISMAS LIBERTADES

Porque el Estado no es necesario más que porque los individuos están unidos y son libres.

Son los anarquistas los que pretenden que el Estado se impone por la fuerza, para mantener su autoridad sobre un con-



junto de individuos que no están unidos más que por la miseria y su impotencia, y en detrimento de su libertad.

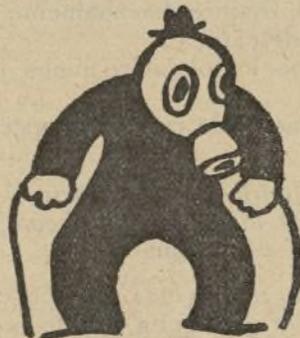
(1) En sentido propio y figurado.

No les responderé más que una cosa: es que el patriota no es libertario.

Ellos mismos no se atreverán a sostener lo contrario.

LA PATRIA ES LA UNION DE INDIVIDUOS CUYOS INTERESES SON COMUNES

Los obreros y los patronos, los banqueros y los desposeídos, los consumidores y los comerciantes, los poseedores y los pro-



letarios, los bestias y los artistas, los muertos de hambre y los hartos tienen intereses comunes. Porque hace falta de todo para componer el Mundo.

CONSIDERACIONES

Lo que hay de más bello en el amor a la patria, es que es espontáneo. Porque a mis ojos, un amor obligatorio es desprovisto de todo valor, y es bien evidente que si el patriotismo fuese enseñado e impuesto a los niños en la escuela y en la iglesia, perdería toda su pureza.

Como ocurre entre todos nuestros enemigos hereditarios.

Lo que hay de más bello en el amor a la patria, es que es espontáneamente que se da la vida por ella. Cuando nada os obliga a darla. Y con ese tacto perfecto que da la noción de la jerarquía. En virtud de la cual, cuando se es general, se muere preferentemente en la cama. Dejando paternalmente al simple soldado el supremo favor de morir en el campo del honor. Esto para compensar su falta de galones, porque, salvo en México, todos los militares no pueden ser generales.

Lo que hay de bello en el amor a la patria es que esa espontaneidad en el sacri-

ficio es al mismo tiempo el cumplimiento de un deber hacia la colectividad.

Los cochinos que enarbolan fusiles rotos a guisa de insignias, pretenderán que la colectividad, para un ser humano, es la humanidad entera, y no una patria cualquiera que no es más que una fracción mínima. Irán incluso hasta afirmar que la colectividad cumple mal los deberes que tiene hacia ellos. Les responderé que la colectividad y la patria es la misma cosa y que el que se elude a deberes tan elementales no tiene más que sufrir las consecuencias. Porque si todo el mundo razonase como ellos, iríamos derechamente a la anarquía más descarada...

Y eso no lo tolerarán nunca las gentes honestas.

Y además, cada cual sabe necesariamente que

*Mourir pour la patrie
Est le sort le plus beau,
Le plus digne d'envie.*

Así como afirma una canción compuesta por un señor que no ha muerto precisamente por ella, lo que no prueba nada, porque si hubiese muerto no habría podido escribir la canción.

Y en fin, si se defiende la patria es que se la ama; pues hasta los socialistas la han defendido y están dispuestos a defenderla. Eso vale por todo...

No defenderla sería un crimen y una cobardía.

Por lo demás, es necesario mantener las virtudes viriles y las cualidades cívicas de la raza por guerras periódicas que permiten exterminar que, si no os han hecho nada, no piensan menos en hacerlo.

Hay entre esos y vosotros, mis queridos compatriotas, diferencias fundamentales.

Vosotros sois héroes; vuestros enemigos son bárbaros.

Se les arranca a sus hogares, cuando vosotros habéis dejado el vuestro cantando con la flor en el fusil y la máscara de gases perfumada.

Ellos tienen una madre, una compañera, hijos, amigos y también una patria, como vosotros; pero su madre bebe, su compañera no es más que una concubina, sus hijos son desnaturalizados, sus amigos degenerados y su llamada patria es un amasijo de metecos, de extranjeros y de otros detritus que no hacen más que invocar los

mismos sentimientos de patriotismo que os animan, pero como pretexto, porque el patriotismo del enemigo es ilegítimo y nace de la disquencia cerebral.

A los enemigos, por lo demás, se les conoce. Atiborran el cerebro a los que les escuchan. Su Prensa está vendida y hace el juego a las altas finanzas y a los mercaderes de cañones. Son patriotas, dicen, y envían a los demás a hacerse romper la cara, mientras que ellos realizan patrióticamente, en la retaguardia, grandes beneficios.

Son dirigidos por seniles estrategas de cámara, que hacen patrióticamente la guerra con la piel ajena.

Etcétera, etcétera...

¡Entre nosotros, en Bélgica, no comemos de ese pan, gracias a Dios!

Y sólo los negros del Congo, más cerca del mono que del hombre, podrían acusarnos de hacer guerras de conquista, para



recompensarnos por haberlos civilizado en nombre del derecho de los pueblos a disponer de sí mismos.

Que no se venga tampoco a hablarnos de acuerdos militares secretos, guiñando el ojo izquierdo.

Se concederá a esas insinuaciones la importancia que merecen, cuando se sepa que quienes las propagan son pagados por Alemania y viven en Moscú.

Esto no impide que los belgas sean siempre belgas y que Bélgica sea siempre Bélgica.

¡Al buen entendedor, salud!

(Texto e ilustraciones de LEO CAMPION)

La obra histórica de Max Nettlau descrita por sí mismo

Nettlau ha cumplido el 30 de abril 70 años de vida ejemplar. Era tanto lo que en esa ocasión hubiéramos podido decir que esa misma abundancia nos ha paralizado. Sin embargo, reproducimos hoy unas páginas escritas hace un año para ser agregadas al volumen *La Anarquía* a través de los tiempos, que acaba de ver la luz; en esas páginas describe Nettlau sus trabajos históricos y creemos que vale la pena su publicación en esta revista. No es el único mérito en Nettlau su carácter de historiador único del anarquismo, pero es uno de ellos. Y en ese aspecto hay que saber cuánto le debemos.

Un interés más vivo de parte de nuestros amigos podría facilitar la pronta publicación de una parte de esa obra inmensa. En esa esperanza destacamos del nuevo libro este *post-scriptum*:

Si esta exposición sumaria muestra la extensión del asunto y tal vez la importancia de conservar esos materiales, tanto en su estado original, en tanto que conservados y accesibles (colecciones de impresos y de documentos) como en una descripción esmerada, basada en una cantidad de esos materiales originales y otras fuentes (tradiciones o recuerdos recogidos o vividos), entonces tal vez mi esfuerzo en ese terreno merece una noticia bibliográfica. Comprende para la historia general de las ideas anarquistas los volúmenes impresos:

Der Vorfrühling der Anarchie (Berlín, Verlag «Der Syndikalist», 1925, 235 págs.).

Der Anarchismus von Proudhon zu Kropotkin... (id. — 1859-1880 —, 1927, 312 págs.).

Anarchisten und Sozialrevolutionäre — 1880-1886 — (id. 1931, 409 págs.).

Y los cuatro volúmenes manuscritos inéditos:

Die erste Blütezeit der Anarchie (1886-1894) y tres volúmenes sobre los años 1895-1914, cada uno de los cuatro con 450 páginas aproximadamente en formato semejante al del volumen de 1931. Sería conveniente añadirle un suplemento conteniendo numerosas adiciones y correcciones para los tres volúmenes impresos.

A eso se agregan volúmenes sobre asuntos históricos especiales impresos:

Bibliographie de l'Anarchie. Préface d'Elisée Reclus (Bruselas, 1897, XI, 294 págs.).

Michael Bakunin. Eine Biographie (London, München; 1896-1900, 3 vol. in-folio, 1281 págs.; poligráficas en 50 ejemplares).

Michael Bakunin. Ein biographische Skizze (Berlín, 1901, 64 págs.); Epílogo de Gustav Landauer.

Miguel Bakunin. Un esbozo biográfico (Méjico, 1925, 32 págs.); otro resumen y otros escritos sobre Bakunin y el volumen de escritos *Oeuvres* (París, 1895, XL, 327 págs. in-18°); los prefacios históricos a las *Obras*, 5 volúmenes (Buenos Aires, Editorial La Protesta, 1925-29); textos de Bakunin inéditos en *La Société Nouvelle* (Bruselas), 1894-96, etcétera.

Bakunin e l'Internazionale in Italia dal 1864 al 1872

(Ginebra, Edizione del Risveglio, 1929; XXXI, 397 págs.); con prefacio de Errico Malatesta.

Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España (1868-1873), Buenos Aires, 1925, Editorial La Protesta, 132 págs.

Documentos inéditos sobre la Internacional y la Alianza en España (id., 1930, 210 págs.).

He redactado, además, notas para la traducción francesa de la «Confession» (1851) de Bakunin (París, Rieder, 1932) y he escrito mucho desde 1921 para examinar el verdadero carácter de ese documento.

Y en manuscritos inéditos:

Suplemento a la Biografía, compuesto en 1903-1905, 4 volúmenes en folio, coordinando los nuevos materiales (no destinado a la publicación).

Michael Bakunin. Eine Biographie, manuscrito escrito en 1924-27 de acuerdo a los materiales accesibles entonces, una forma abreviada que no reproduce la documentación entera de la biografía de 1896-1900 y de su Suplemento; 4 volúmenes de 350 páginas cada uno aproximadamente y que, en caso de publicación, serían aumentados con nuevos materiales accesibles para mí hasta esa fecha futura.

En ediciones impresas hay además:

La vida de *Malatesta*, en edición italiana (Nueva York, 1922), alemana (más corregida), (Berlín, Der Syndikalist, 1922, 177 págs.) y española aumentada hasta 1923: *Errico Malatesta. La vida de un anarquista* (Buenos Aires, Editorial La Protesta, 1923, 264 págs.), a la que se añaden los artículos escritos en 1932 después de la muerte de Malatesta, de los cuales dos aparecidos en *La Revista Blanca* han sido reimprimos en texto revisado. *La vida de Errico Malatesta* (con prólogo de Federica Montseny), en las ediciones de esa revista (Barcelona 1933, 48 págs.). Ese resumen completa y hace más correcto el libro aparecido en 1922 y 1923.

Elisée Reclus, Anarchist und Gelehrter... (Berlín, Der Syndikalist, 1928, 345 págs.); traducción española aumentada, *Eliseo Reclus. La vida de un sabio justo y rebelde* (Barcelona, biblioteca de La Revista Blanca, 2 vol., 1928, 1929; 294 y 312 págs.).

Hay también una reimpresión de los *Jours d'Exil* de Ernest Cœurderoy (1854, 55) con una biografía (París, 1910-11, 3 vol.); estudios biográficos y otros escritos de documentación histórica anarquista en periódicos y revistas, como *Freiheit*, *Freedom*, *Société Nouvelle*, *Dokumente des Sozialismus*, *Archiv für die Geschichte des Sozialismus und der Arbeiterbewegung*, *Suplemento de La Protesta*, *La Revista Blanca* y otras.

En manuscrito hay un volumen sobre la *Historia de la Internacional y de la Federación de Trabajadores de la Región española*, desde 1868 a 1888-89, un volumen de 450 págs. impresas, aproximadamente, que habría de ser revisado, aumentado y tal vez escrito de nuevo si se hiciese una edición.

Hay también textos de Bakunin inéditos, en parte

copiados; así sus más antiguos fragmentos conservados de 1865; los originales de los textos de 1866 publicados en alemán en las *Gesammelte Werke* (Berlín, Der Syndikalist, 3 volúmenes) de los cuales he compuesto el tercero (1924); escritos de 1871-72 contra Mazzini, los escritos a los jurasianos, a Lorenzo y otros datan de esos años.

En fin, hay muchas cartas de la correspondencia de los anarquistas alemanes Johann Most y Johann Neve, preparadas para una edición comentada. Hay también un largo trabajo sobre ciertas partes de la historia de las sociedades secretas entre el tiempo de Babeuf y el de los años después de 1830.

En estas condiciones, incluso en mi situación presente, cuando el acceso a una gran parte de mis propias colecciones y el acceso a las grandes bibliotecas de otros países se me ha hecho imposible y cuando los viejos camaradas mejor informados se mueren casi todos, sin que pueda recoger sus recuerdos y explicaciones, aun en esta situación no carezco de documentación, y he podido hacer, principalmente gracias a las editoriales del *Syndikalist*, de *La Protesta*, de *La Revista Blanca* y del *Risveglio* (Ginebra) de 1922 a 1931 un número de publicaciones en volúmenes.

Pero ahora, de 1931 en adelante, las posibilidades de ediciones históricas parecen desvanecerse. Pienso que, *objetivamente*, es lástima, puesto que aquellos de mis amigos y de nuestros camaradas que durante largos años me han ayudado a documentarme, lo han hecho en gran parte, y lo hacen todavía en la convicción de que todos esos materiales servirían para conservar la historia a la anarquía depurada de inexactitudes y en una coordinación razonada, que se eleve todo lo posible por sobre la leyenda, la retórica, la superficialidad. Todo el mundo, sin duda, no tiene necesidad de conocer todos los detalles que, por lo demás, la falta de espacio me ha forzado siempre a reducir mucho. Pero esa no es una razón para estimular, o imponer, una penuria, que nos haría contentarnos siempre con leyendas y retórica, cuando toda otra fracción, que se reclama de un pasado histórico, hace mucho para elucidarlo: sobre ese terreno el socialismo antiguo y moderno ha explorado ya en dimensiones que ignoramos casi todos. Pero lo que cada cual puede figurarse, es que en esa inmensa literatura socialista la anarquía pesa siempre como una aberración, como una rama seca, como una nada, de la que esos autores descuentan a menudo la desaparición completa y el triunfo integral sea de su bolchevismo, sea de un reformismo estatista-capitalista-socialista. Es eso lo que se decía y se dice por una propaganda enorme de los autoritarios, que ha de ignorarse tan poco como si los librepensadores cerrasen los ojos sobre la inmensa propaganda clerical. Los que tienen algún interés histórico y miran hacia atrás, podrán darse cuenta del trabajo que ha sido preciso para desentrañar la memoria de Bakunin y de la Alianza de todas las perversiones y falsedades marxistas. En fin, abogo ahí por una causa, que ninguno de los numerosos militantes que he conocido ha contestado y que hallaría apoyo más amplio, ciertamente, si nuestros medios de acción no se hubiesen restringido tanto.

Se me ha reprochado a veces que esos volúmenes están escritos en alemán, que es mi idioma nativo.

Los he publicado en alemán, porque los camaradas del *Syndikalist* de Berlín fueron en 1922 y 1924 los únicos en Europa que me han ofrecido oportunidad de publicar tales libros históricos y lo han hecho. Eso no fué un obstáculo para los camaradas Santillán y Oróbón Fernández, que han aprendido esa lengua, y los tradujeron en parte (las vidas de Malatesta y Eliseo Reclus, y varios capítulos de los volúmenes históricos, etc.), y las editoriales *La Protesta* y *La Revista Blanca* me han dado constantemente oportunidad de hablar de historia en sus publicaciones. Varios camaradas de lengua italiana, el doctor Paolo Flores, Malatesta y Bertoni han hecho posible el volumen italiano sobre Bakunin en Italia (1928). Antes Eliseo Reclus me incitó a publicar el volumen *Oeuvres* de Bakunin (1895) y la *Bibliographie de l'Anarchie* (1897). Fué para un periódico de corta vida, *L'Idée anarchiste* (París; hacia 1923) para el que escribí el primer texto muy breve de los siete volúmenes históricos, esbozo que fué pronto aumentado para el *Suplemento de La Protesta*, texto bastante amplio que *La Revista Blanca* reimprimió. Si en 1923 ó 1924 alguien me hubiese propuesto que los volúmenes escritos en francés o en inglés fuesen publicados, habría escrito en esos idiomas todos los volúmenes. Pero nadie ha pensado jamás en ello; ninguna traducción se hizo (salvo las españolas) y no es a mí a quien hay que hacer un reproche si he recurrido a la sola oportunidad que se me ofreció de publicar esos libros. He dicho siempre que para una traducción cualquiera, revisaré y aumentaré los volúmenes, como lo hice respecto de las biografías de Malatesta y de Reclus en las ediciones españolas. ¿Qué más podía hacer? Pero ha faltado a la generación de estos años el interés y no lo veo todavía despierto en ninguna parte, salvo en los ambientes de lengua española y en aquellos, completamente paralizados desde 1933, de lengua alemana.

Había hecho a menudo la sugestión a camaradas de diversos países, que ellos y los grupos ayudasen a hacer posible la publicación de esos volúmenes inéditos suscribiendo un número de ejemplares de los libros alemanes, que entregarían a las bibliotecas, etc.; eso habría estimulado a los editores alemanes a publicar más pronto esos tomos. No se ha hecho nada y así, por la confiscación de todos los libros invendidos en 1933 en Berlín, todos esos volúmenes de que no había ningún depósito en el extranjero, se han vuelto inhallables. ¿Es una solución satisfactoria la de ver desaparecer todo y no tener que ocuparse de nada? No puedo nada en todo eso; pienso sólo en un hecho pequeño que me causa placer, que Malatesta, que conocía el inglés, se había tomado el trabajo de familiarizarse con la lectura del alemán, y ha podido leer esos volúmenes históricos, como me ha escrito. ¿Serían imposibles esos esfuerzos para los más jóvenes que él? ¿Cuántos idiomas he debido consultar yo para reunir los materiales de esa historia verdaderamente internacional?

No sé verdaderamente qué hacer de todos esos materiales, de esos manuscritos todavía inacabados, que tratan de conservar la historia de las ideas anarquistas, esfuerzo para el cual en 1924 había todavía interés; en 1934 no veo casi nada de ese interés.

Barcelona, 6 de julio de 1934.

LA RESPONSABILIDAD

por PIERRE BESNARD

II

IV. — *La responsabilidad profesional y social del hombre.* — Después de haber estudiado, definido y precisado los caracteres de la responsabilidad, tanto desde el punto de vista individual como colectivo, me parece necesario examinar el problema bajo su forma profesional y social y esto en el régimen capitalista y en un régimen transformado, conforme a mi ideal.

1.º *En el régimen capitalista.* — Inmediatamente observo que esa responsabilidad se presenta bajo un doble aspecto: *la responsabilidad del hombre y la de la función.*

Esas dos formas de la responsabilidad son inseparables una de la otra, la segunda es la prolongación, el complemento de la primera. En efecto, la función es la consagración práctica de la actividad humana. Y como no se puede juzgar la conciencia del individuo más que por los actos de la vida corriente, no se puede, razonablemente, separar la función del individuo y viceversa. Que lo haya escogido o no, que lo soporte o que lo acepte, un hombre es responsable de los actos que realiza en el ejercicio de su función profesional. Lo es doblemente: desde el punto de vista individual y social, en razón de las repercusiones y de las consecuencias que sus actos pueden tener sobre la existencia de los otros hombres.

¿Se puede admitir, por ejemplo, que un individuo, en el ejercicio de su profesión, de su oficio, atente conscientemente a la vida, a la salud, a la seguridad de sus semejantes? ¡No! Por mi parte, no admitiré jamás que un individuo, que ejerce tal o cual oficio, acepte deliberadamente obrar así, bajo el pretexto demasiado conocido de que *hay que vivir y para eso romper a menudo con su conciencia.*

No excuso ni al *panadero* que utiliza productos que sabe nocivos en la fabricación del pan; ni al *carnicero* que no se rehusa a emplear carnes averiadas; ni al obrero que construye una vivienda con malos materiales y que se derrumbará sobre los ocupantes; ni al maquinista que consiente en salir con una máquina en malas condiciones, que pone en peligro la vida de los viajeros; ni al *zapatero* que fabrica calzados con suelas de cartón; ni al *mozo de restaurant* que consiente en servir a los clientes un alimento malsano, todo eso bajo el pretexto que es preciso absolutamente vivir.

Prefiero decirles que no es necesario que tales individuos vivan, que son, propiamente hablando, peligros sociales. Los tengo por responsables personal y profesionalmente de los actos condenables que cometen transigiendo así con su conciencia. De igual modo, son grandemente responsables aquellos que aceptan trabajar en las producciones de guerra y *lo saben*. Unos y otros deberían negarse a trabajar en tales condiciones, por tales fines. Aceptando que ejercen

así su profesión, su oficio — o tal oficio — unos y otros se hacen cómplices de sus adversarios de clase, los cuales no tienen más que un objetivo: *ganar dinero* por todos los medios, sin preocuparse de la vida de sus semejantes.

Admito perfectamente que en la lucha constante que opone las clases, se las tome uno con los medios de producción que no son, actualmente, más que instrumentos de provecho y de explotación; que se ataque la caja de caudales por los medios mejores, pero no acepto el sabotaje de los productos de que todos los individuos — y los obreros en primer lugar — son consumidores. Tal sabotaje, tal concepción del ejercicio del oficio, de la profesión, no pueden ser puestos en práctica más que por conciencias elásticas, por inconscientes o irresponsables. Los hombres que aceptasen eso como medios válidos no valdrían mañana, en una sociedad transformada de base igualitaria. Son y permanecerían *peligros sociales*.

Tomemos otro caso, para mostrar el interés que hay, para la clase obrera, en adquirir sin cesar nuevos conocimientos y más conciencia. Supongamos que unos obreros son ocupados en la construcción de un puente de cemento armado. Todo les parece normal: los materiales son de buena calidad, el trabajo se efectúa, técnicamente, en excelentes condiciones; nada les parece singular ni peligroso. Y, sin embargo, un buen día, sea en el curso de los trabajos, sea en el uso, después de acabado, del puente, al derrumbarse, causa víctimas por centenares. ¿Por qué? Simplemente porque los cálculos de resistencia de los materiales eran falsos. En este caso los obreros que han construido esa obra según los datos precisos proporcionados por los técnicos de la empresa, que han arriesgado los primeros su vida, durante la ejecución del trabajo ¿son responsables, individual y colectivamente, de la caída del puente?

No, si ignoraban que los cálculos eran falsos; si no tenían ningún medio para verificarlos.

Sí, si eran capaces de proceder a esa verificación, si no se han opuesto a que la construcción prosiga, sea por la acción de su sindicato, sea por su acción propia. En resumen, los hombres, incluso en el régimen capitalista, no tienen el derecho a ser débiles ante las obligaciones de las funciones que han aceptado cumplir. En cuanto a las organizaciones, les corresponde romper el silencio cómplice observado por algunos de sus miembros; denunciar los procedimientos culpables empleados o impuestos por los aprovechadores, recordar a los obreros débiles su deber de seres humanos, destacar la responsabilidad de su clase, subrayar y demostrar la del adversario.

Expuesto esto, declaro altamente que en régimen capitalista la clase obrera no tiene ninguna otra res-

ponsabilidad social. El hecho que una clase *mande* y que otra *ejecute en conciencia* basta para situar, de un modo perfecto, la responsabilidad de ésta y de aquélla. ¿Se puede afirmar, por ejemplo, que en la crisis actual, que es ante todo una crisis de *organización y de funcionamiento* del régimen capitalista, el proletariado — que es mantenido en tutela, políticamente, y en esclavitud, económicamente — tenga una responsabilidad cualquiera? Evidentemente, no. Es la víctima de la crisis. No es el responsable. Todo se hace fuera de él y contra él; no podría, pues, frente a la sociedad actual, incurrir, y menos aun endosar ninguna responsabilidad, a menos que no ayude con su concurso al capitalismo en esa labor, lo que es, desgraciadamente, el caso de una cierta parte de la clase obrera en este momento. Pero el resto del proletariado, los que quedan fieles a su ideal, no tienen ninguna responsabilidad en todo lo que ocurre.

¿Su responsabilidad? Se limita a no haber sabido encontrar todavía el medio de desembarazarse del sistema que les oprime y les tritura; consiste en encontrar ese medio lo antes posible. Es todo y es bastante. Esta responsabilidad, se impone a todos los trabajadores como un deber imperioso; pero no se extiende más lejos. Se limita a aquellos cuyas aspiraciones son comunes, a los que sufren. Que los que mandan conserven la suya. Y que el proletario se la deje enteramente.

2.º *En un régimen transformado de bases comunistas-libertarias.* — No hay que decir que en tal régimen, el problema de la responsabilidad profesional y social del hombre y de los grupos adquiere otro carácter. Habiendo destruído todas las formas, todos los elementos de opresión y de explotación y establecido la igualdad social, el individuo alcanza al mismo tiempo la completa responsabilidad de todos sus actos. La necesidad para él de asegurar la perennidad del sistema que haya edificado, le dará la obligación absoluta de realizar el acto de producción con la más rigurosa conciencia. La acción dolosa querida, el sabotaje del producto, la deterioración o la inutilización del instrumento de trabajo, constituirían otros tantos crímenes contra él mismo y contra sus semejantes: *sus asociados*. Me atrevo a confiar que la conciencia, libre entonces, hablará bastante alto y bastante claro en cada uno para que tales actos sean desterrados para siempre; que el error, por aceptable que sea, por humano que permanezca, no hallará una audiencia indefinida y que será, al contrario, saludable para el porvenir.

Conclusión. — Si la época actual no me apareciese tan decisiva para la vida de la especie humana, si no estuviésemos al fin de un estadio de evolución de las sociedades; si una era nueva no estuviese en vísperas de nacer, si la perturbación no fuese tan grande en la mayoría de los hombres; si la ansiedad no estuviese en el corazón de los mejores; si no se confundiese muy a menudo la *ficción con la realidad, el sofisma con la verdad, lo accesible con lo inaccesible, el sentimiento con la razón, la erudición con el saber, la negación con el razonamiento*, habría limitado ahí mi conclusión. Me parecería, en otros tiempos, perfectamente suficiente. Pero vivimos en condiciones de tal modo extraordinarias; las pasiones y la incompre-

sión son tan grandes; el sentido dado a las mismas expresiones y sistemas tan diferente, que me parece necesario *motivar* esta conclusión, reforzarla si es posible, darle su más grande poder de persuasión.

Cuando el miedo a las palabras, la pereza del esfuerzo de inducción y de deducción son tan considerables que conducen a hombres que tienen el hábito del movimiento de las ideas, a negar cosas tan evidentes como la necesidad de defender con las armas una revolución, la existencia de un período transitorio, la indispensabilidad del instrumento de cambio y el valor de la responsabilidad colectiva, no se podría ser demasiado precisos y tener miedo de expulsar el error de sus últimos refugios.

Quiero probar aquí, a los que niegan el valor, la existencia misma de la responsabilidad colectiva — que son, por otra parte, los mismos que no admiten el período transitorio porque les espanta; que rehúsan defender la revolución por todos los medios armados, porque son adversarios de las fuerzas colectivas armadas; que rehúsan aceptar el instrumento de cambio porque son partidarios de no sé qué toma del montón —, que deben capitular ante la razón, arrojar la máscara de la pereza y de la incompreensión o cesar de llamarse revolucionarios. ¿Quién puede admitir en nuestra época, en que formidables colectividades de intereses chocan a través del mundo; en que tales choques terribles resultan en todo instante de los trastrocamientos enormes en todos los dominios, trastrocamientos que modifican a veces en un solo día la suerte de toda una industria y la de millones de hombres ocupados en ella; en que, de un momento a otro, de su choque, en tal o cual punto del globo, la guerra puede estallar; en que de las reacciones inevitables que provocan en el proletariado puede surgir una revolución de orden continental, sí, ¿quién puede admitir que la responsabilidad es exclusivamente, estrictamente de orden individual?

¿Es que no prueba todo, al contrario, con la más evidente claridad, que en esos choques titánicos son las colectividades *voluntariamente disciplinadas*, que no tienen más que un solo pensamiento, un solo objetivo, las que se afrontan y afrontarán hasta la destrucción de sus rivales? ¿Es que el capitalismo tolera que una de sus fuerzas rompa su solidaridad con el conjunto? ¿Es que aquellos de sus miembros que quieren pasar por sobre las decisiones acordadas no son inmediatamente aplastados? ¿Es que en nuestros adversarios la acción de uno de ellos no es examinada por todos y juzgada según su valor? ¿Es que toleran iniciativas que comprometerían la responsabilidad del conjunto y contrariarían su éxito? ¿Es que en ellos no es cada uno responsable ante todos? Y se quisiera que en las trágicas circunstancias actuales, cuando la revolución llama en todas partes a la puerta de los pueblos, aportando consigo el mensaje del porvenir, habríamos de quedar en nuestra concepción mezquina del «cada uno para sí», responsable ante sí; del «franco-tirador» románico empenachado, sujeto alegre y sin cerebro?

¡Esos tiempos han pasado! El de la organización, metódica y sutil a la vez, que posee el máximo de fuerza de *contracción* y de *distensión*, obrando por

todos sus elementos, en plena cohesión, ha llegado. La victoria será tanto más rápida y más completa cuanto más los actos sean maduramente deliberados, seguramente ejecutados, más grandemente explotados, mejor ordenados y controlados. ¿Es que por azar todo ello sería incompatible con el comunismo libertario de bases federalistas? ¡Entonces, que se diga!

Por mi parte digo: ¡no! Es, al contrario, el federalismo libertario en acción, en la práctica.

Ligados, soldados, cohesionados por el sentimiento de la responsabilidad colectiva, ejerciendo su libertad en el cuadro que hayan trazado ellos mismos, comprometidos a no hacer nada que pueda hacer fracasar la empresa, los hombres que estén inbuídos de ese espíritu de sacrificio, vencerán. Los otros, los que se crean con el derecho a obrar a su modo, a violar los acuerdos convenidos, a ejecutar lo que les da la gana y como les da la gana, tal o cual acto, sin preocuparse de sus consecuencias, serán vencidos y harán el lecho de la dictadura. Y si por un azar feliz, triunfasen, se puede asegurar que, bajo una forma o bajo otra, ejercerían ellos mismos esa dictadura.

Es preciso, a todo precio, que esas dos cosas — tan malas una como la otra — sean evitadas al proletariado. Y no puede hacerlo más que aceptando con la concepción de la organización su corolario inevitable: el principio de la responsabilidad colectiva. Tiene el deber de integrar ese principio en el cuerpo de doctrina del comunismo libertario.

La evolución de las sociedades, cuya marcha ha sido tan precipitada en los últimos años, justifica e impone esa integración. Se trata de aplicarla sin esperar más. El éxito es a ese precio.

«Un pensamiento nuevo, ha dicho Boileau, no es, como se lo persuaden los ignorantes, un pensamiento que nadie ha tenido jamás ni debió tener; es, al contrario, un pensamiento que ha debido llegar a todo el mundo y que alguien se dedica a expresar el primero.»

No me vanaglorio de haber expresado, el primero, la idea de la responsabilidad colectiva, pero es seguro que preocupa a numerosos espíritus y que no puede ser negada.

Artes y oficios

por GUSTAVO COCHET

Aparte de uno que otro zapatero remendón y algunos artistas de buena fe, no quedan ya gentes que amen su oficio. Los mercachifles insaciables de ganancias, han aprovechado la maquinaria para intensificar la producción en serie y suplantar la mano de obra tergiversando así lo que habría sido su prisión, es decir, ayudar al hombre en su trabajo en vez de disminuirlo y anular por completo toda iniciativa individual.

Salvo algunas excepciones, todo lo que se hace hoy es de pacotilla, así se trate de cosas insignificantes como de edificios, por importantes que sean.

Me imagino una ciudad completamente moderna, en ruinas; no se verían más que hierros retorcidos, escombros de yeso y cemento; en cambio, ¡cuánta grandeza en las ruinas de ciudades antiguas! Se ha perdido el sentido de lo eterno.

Si planto el brote de un árbol, no debo pensar que esa tierra no es mía, que quizá no me aprovecharé de su sombra o de sus frutos, no; mi pensamiento debe estar en el árbol que en la ocasión es mi obra, y debo hacerlo con buena intención, con sensatez, con perfección para que un día sea corpulento y frondoso; si no aprovecho su

producto, lo aprovecharán otros: eso no debe preocuparme un solo momento.

Y eso es para mi entender el sentido de eternidad de las cosas; no es que en realidad exista algo eterno, pues todo nace y fenece en constante evolución, pero todo lo que el hombre haga pensando en lo eterno contará, mientras que lo que se realice con pequeñas intenciones, sin amor ni afán de perfección, no contará, como si ni siquiera hubiese existido.

El propietario que construye una casa no tiene en cuenta más que el beneficio que le aportará de inmediato, y quiere que le cueste el mínimo y que le rinda el máximo. De la fábrica salen muebles en serie, como el agua por un torrente; pero nada resiste, no ya en su sentido de arte y buen gusto, sino que ni siquiera en solidez, y así ocurre con la mayoría de lo que actualmente se produce.

¡Qué más natural que se aproveche uno de las máquinas, que preparan la madera, por ejemplo, y evitar un trabajo preliminar penoso y desagradable! Pero una vez la madera lista, que venga la mano del artifice que, con el amor y el orgullo de su oficio, le dará forma, ritmo, perfección, carácter profundo y humano.

TIEMPOS
NUEVOS 51

En nuestros días, un mueble, una casa, un monumento, pueden llegar a un lujo fastuoso, empalagoso; pero al mismo tiempo banal, sin calidad ni intensidad.

El obrero que en rudo forcejar ha dado forma a la piedra, hace que ésta viva, porque la ha regado con su sudor, la ha impregnado con su humanidad, y sólo así tendrán las cosas trascendencia.

Consultad hoy con un arquitecto, y os hablará: de imitación piedra, de imitación mármol, etc., etc.; es decir, todo falso, insubstancial.

Hay dos maneras de recompensa para el hombre en su trabajo. Primero, su propia satisfacción y la aprobación de sus semejantes; segundo, el beneficio, el pago en dinero.

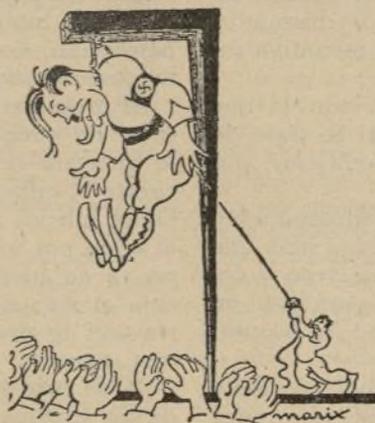
Es tener poca noción de las cosas cuando se cree que hoy se puede vivir o prescindir del dinero; que el artista no debe vender sus obras, porque, haciéndolo, las prostituye. Nada de eso; ¿cómo podría, por ejemplo, un pintor comprarse telas y colores, o el carpintero madera? ¿Y vivir mientras trabaja? Imposible. Al contrario: la miseria es siempre fatal para un artista como para otro artesano cualquiera, pues el hambre y la falta de material les impide realizar la obra para la que estaban capacitados.

Sucede, sí, que generalmente falsos ar-

tistas y hombres de ciencia, sin escrúpulos, explotan sus habilidades por medio de charlatanismo y rastrerismo. Y artistas de valía, hombres de ciencia que se consumen en los laboratorios, viven con dificultades y privaciones. No es que sea lógico — ¡cuánto más lejos no irían si contasen con medios! —, es cierto que casi siempre la miseria de un hombre prueba su entereza, su dignidad y buenos sentimientos y es la incompreensión del público lo que le impide vivir y trabajar con holgura; pero eso no es una ley, pues igualmente puede pasar por incomprendido el inútil.

¿No habéis oído a menudo comentar: «Lo que yo hago es una porquería; pero eso se vende, tiene salida»? He ahí el mal, porque entonces no hay dignidad ni ideal alguno; lo vil no está, pues, en que el hombre ceda el fruto de su trabajo por dinero, mientras vivamos en este régimen, sino en que lo conciba y lo realice por el dinero como finalidad, que es bien diferente.

En la sociedad, cada vez más ruin, en que vivimos, no podemos, es claro, reprochar al obrero que vaya al taller como a un sacrificio; pero luchemos con todas nuestras fuerzas para que advenga una nueva sociedad en que el hombre no tenga necesidad de bajezas y ruindades para vivir y en la que, entonces, tenderá libremente a superarse y a ennoblecerse.



ESTE NUMERO HA PASADO POR LA CENSURA

52 TIEMPOS
NUEVOS

Significado económico, político y social de la reforma de Roosevelt

LA SITUACIÓN ANTES DE ROOSEVELT

Al terminar su mandato el presidente Hoover, la situación de la economía norteamericana era desastrosa; seguía la bancarrota estúpida, en un país cuyos ciudadanos vivían completamente convencidos de su grandeza y prosperidad, crecientes y al parecer eternas. La crisis psicológica y material de las grandes masas que votaron en las elecciones presidenciales, dió el triunfo a Roosevelt, más como esperanza que como afirmación de fe democrática.

La situación del país entero, como decimos, era desesperante, y desde el punto de vista capitalista se imponía su resolución cuanto antes, frente a los temores de una revolución justificada o un avance incontentible del desastre.

La *débacle* tocaba los puntales más recios y seguros del sistema, en un país con ciento treinta millones de almas, con el supercapitalismo ejemplarizante de una superindustrialización mecánica, envidiada en su técnica y en su poder por el resto del mundo.

Para los nuevos gobernantes un retorno al pasado era imposible, después de los repetidos fracasos de las medidas tomadas por sus antecesores. No quedaba más que lanzarse al porvenir, detrás de innovaciones con las cuales intentar tan siquiera una restauración seria.

En este momento aparece la N. R. A. Un Gobierno de corte y de tradición democrática no puede pensar, por supuesto, en una revolución, pero después del espectáculo fascista en Italia y del ensayo ruso, algo nuevo puede acontecer a cualquier economía nacional. También como consecuencia de estos factores y de la depresión mundial, puede estimarse el reformismo rooseveltiano.

El fracaso rotundo de las instituciones capitalistas, principalmente de los monopolios y de los grandes *trusts* desde el punto de vista societario y colectivo, la agudeza creciente de la desocupación, la paralización progresiva del aparato productor y la miseria popular ascendente, infunden al Gobierno nuevo los propósitos de una intervención de la economía y de la so-



ciudad (por parte del Estado) jamás vista ni esperada (1).

De aquí que la N. R. A. tenga por originario la intervención y ayuda de la economía privada, que deja automáticamente, por supuesto, de ser privada para tomar los caracteres de pública o semisocietaria. En tal aspecto el Estado liberal deja de serlo e invade la economía individual, iniciando en este sentido su estatización, hecho viejo pero que, como excepción, históricamente adquiere la consistencia orgánica de un fenómeno colectivo esperado por el avance incontentible y desorganizador del mismo Estado en la sociedad y economía de la post-guerra.

¿QUÉ SE PROPUSO LA N. R. A.?

En primer término salvar del desastre el resto de la economía individual norteamericana. El Gobierno necesitaba tomar medidas en un sentido de la salvación colectiva y de su seguridad propia. Las iniciativas de sus antecesores habían fracasado por el error de haber tomado la depresión de 1929 como una de las tantas crisis pasadas y de corto término; fué una subestimación del fenómeno el calificarlo como una fase de la coyuntura económica, que pasaría pronto. Menester era, pues, cambiar el camino y seguir el que marcaba el fascismo, la economía planeada o dirigida y controlada, vale decir un abandono liso y llano (en principio) del liberalismo político, del control parlamentario y del individualismo económico.

En el año 1932 la situación del país puede sintetizarse de la siguiente manera:

(1) Sin embargo, en América como en Europa la economía dirigida no es nueva; se origina y desarrolla en las naciones en guerra. En América la «War Industries Board» y «War Finances Corporation» fueron ensayos sugerentes que los gobiernos excesivamente conservadores abandonaron una vez terminado el conflicto. Durante la presidencia de Hoover se creó la «Reconstruction Finance Corporation» que adelantó sin resultado cerca de 2,000.000.000 de dólares y cuya misión fué sostener a los miles de bancos que se hundieron en la *débacle* del 29 al 30.

- 1.º Derrumbe de los negocios.
- 2.º Quiebra de numerosos Bancos, mayores y menores.
- 3.º Desocupación enorme y creciente en campos y ciudades.
- 4.º Paralización en el ramo de las construcciones y obras públicas.
- 5.º Disminución del comercio internacional y cierre de mercados para productos americanos.
- 6.º Ruina de la agricultura.
- 7.º Depresión industrial y ausencia de ventas.
- 8.º Carencia de créditos y confianza.

Los planes rooseveltianos plantean la ecuación histórica que el Estado debe remediar todo esto. Acelerar la vida de los negocios levantando un optimismo artificialmente, para que aquéllos puedan retomar su antiguo ritmo, que había disminuido en un 50 por 100. Para lo cual era necesario dar créditos, estableciéndose que la aceleración y el auge de los negocios estaban íntimamente unidos a otros aspectos básicos de la producción que el plan también contemplaría.

El Estado comienza a facilitar dinero a todo el mundo. De aquí que a fines del año 1930, los préstamos a particulares y Empresas privadas, desde que entró en vigor el New Deal, ascienden a 6,946.069,897 dólares.

«Dichos préstamos fueron acordados por cinco grandes organismos de crédito de urgencia: Administración del Crédito Agrícola, 2,715.901,691 dólares; Asociación de Préstamos a Propietarios de Inmuebles, 2,000.000,000 dólares; Oficina de Reconstrucción Financiera, 1,280.168,206 dólares; Administración de Obras Públicas, 750.000,000 dólares, y Oficina de Créditos sobre Materias Primas, 200.000,000 dólares» (2).

ERA NECESARIO IMPEDIR LA QUIEBRA DE LOS BANCOS

Como era notorio, la quiebra de los Bancos completaba la ruina de los negocios y de los depositantes, por cuanto a unos no se les daba créditos y a otros no se les pagaba. Entre los años 1929 y 1930, quebraron miles de Bancos y amenazaban con quiebras muchos cientos más.

Se crea la ayuda de los Bancos bajo la denominación de Federación Home Loan Bank Board, para lo cual se dedican, desde 1933 a 1934, más de 24 millones de dólares mensuales.

Al trabajar para el sostenimiento de los Bancos, se lucha al mismo tiempo contra las quiebras de la industria y del comercio, por estar ambos respaldados por los créditos bancarios, reavivándose con ello y en parte la corriente crediticia.

LA LUCHA CONTRA LA DESOCUPACIÓN

Sobre las cifras exactas de la desocupación reina un

(2) El interés oscila entre el 4 y el 6 por 100 y la duración de los préstamos es desde 6 meses a 30 años.

La Oficina de Reconstrucción financiera en sus operaciones logró un beneficio de 50 millones. La oficina posee en el 1935 más de 1,000.000,000 de dólares para los que desearan préstamos.

Esta oficina toma dinero al 3 por 100 de la Tesorería Federal y lo presta del 4 al 6 por 100, de donde saca el beneficio anterior.

gran confusionismo, pues en 1933, para el Gobierno, eran 13 millones, para la Federación Americana de Trabajo, 17, y para observadores y especialistas, 20 millones. Lo exacto es que en 1935 «un comunicado oficial publicado en Washington — según el diario inglés *Daily Telegraph* — indica que 23 millones de personas que viven en los Estados Unidos tendrán necesidad de ayuda en el próximo invierno. Esto representa más de 5 millones de familias. Tal aumento del número de necesitados es debido a la sequía como a la agravación de la desocupación por causa de la elevación de los precios.»

El desocupado no tiene, por supuesto, ningún poder adquisitivo — en la economía oficial —, y si lo tiene es casi nulo. Era menester crear un poder adquisitivo estable, un poder de compra mayor, que sólo se conseguiría por el trabajo continuo y bien remunerado. En este sentido se orientó teóricamente la experiencia rooseveltiana, para lo cual necesita, como veremos en seguida, grandes sumas para obras públicas y removilizarse industrias y agricultura.

La ayuda dada a los desocupados, desde febrero del año 1932 hasta diciembre de 1934, se eleva a la suma de 14,500.000,000 de dólares. La ayuda es directa e indirecta. En forma de subsidios y en forma de creación de bases de trabajo. Es claro que este esfuerzo está limitado a las sumas dichas, que por más fantásticas que parezcan son pequeñas si se tienen en cuenta los jornales diarios de 20 millones de personas en tres años de huelga forzada...

Al empezar el año 1935, se destina a la desocupación la suma de 231 millones de dólares mensuales.

EL PROGRAMA DE OBRAS PÚBLICAS

La realización de obras públicas es en primer momento uno de los ideales rooseveltianos, que parte del principio que una de las bases de la movilización de la economía capitalista es el ramo de la construcción en su total actividad.

Lo que la N. R. A. destinaba a obras públicas fue en un principio 3,700.000,000 de dólares. En el año de 1935, tal suma aumentó, y el proyecto de obras públicas destinado a dar trabajo a 3.500.000 desocupados, dejando únicamente a los inempleables en las listas de «socorros diarios», cuya carga será transferida a los Estados y Municipalidades, pone a disposición del presidente 4,000.000,000 de dólares hasta el 30 de junio de 1937, y 880 millones para continuar entregando subsidios hasta la terminación de esas obras (3).

(3) El Senado americano estableció la inversión de los fondos en la siguiente forma: 800 millones para carreteras, caminos, calles y eliminación de pasos a nivel; 500 millones para socorrer a las regiones agrícolas perjudicadas por la sequía construyendo sistemas de irrigación y otras mejoras; 100 millones para la electrificación de pueblos rurales; 450 millones para la construcción de casas baratas; 300 millones para los diversos proyectos destinados a aliviar la situación de los desocupados de «cuello blanco», empleados de oficina, intelectuales, etc.; 600 millones para la repoblación de bosques; 900 millones para préstamos a las municipalidades de los estados que deseen emprender trabajos de repoblación de bosques; 900 millones para préstamos a las municipalidades de los estados que decidan emprender la construcción de obras de interés general; 350 millones para mejoras

Sin embargo, no es tanta la cantidad si tenemos en cuenta que en el año 1928 la industria básica de la construcción invertía 10,300.000.000 de dólares. Las cifras de obras públicas del año 1934 representan un 25 por 100 de la industria normal de 1927, que ya sabemos mermó en los años de depresión en un 70 por 100. Lo cual también nos sugiere el pensamiento de la impotencia real de un esfuerzo semejante y de la incapacidad económica en este renglón, no sólo para una superación del pasado, sino para un retorno al pasado (4).

Terminamos por decir en este aspecto que el programa gigante de obras públicas, de lo más vasto visto en el mundo, encuentra una expresión sumamente edificante y de otro estilo en la «Tennese Valley Authority» (5) y en las primeras acciones serias para crear Empresas colectivas de electricidad, que levantaron nubes de protestas interesadas.

DISMINUCIÓN DEL COMERCIO INTERNACIONAL.

La disminución del comercio internacional fué un golpe terrible para la economía capitalista norteamericana. Si en otras naciones era sólo un efecto de crisis, aquí presentábase como factor reagravante de la misma. Las exportaciones americanas de 1933 son el 52 por 100 de las de 1932.

Durante la presidencia de Hoover las exportaciones bajaron sensiblemente como las de todos los países afectados por la depresión. Las medidas que entonces se tomaron estaban de acuerdo con las luchas y guerras aduaneras. Se creyó que las exportaciones disminuían debido a la industrialización colonial y, sobre todo, al bajo costo de la producción fuera de los Estados Unidos. Se crearon para contrarrestar las tarifas Hawley-Smoot, por las cuales en la Unión, como en todo el mundo, se cerraban prácticamente las fronteras a la importación de productos manufacturados y se recargaba de derechos arancelarios en el

de diques y puertos; 40 millones para ayudar a los estados que tropiecen con dificultades para subvenir a los gastos que demanda el sostenimiento de escuelas...

(4) Los proyectos e ideas en torno a las construcciones son numerosos e interesantes; podemos destacar los proyectos de construcción de alojamientos del director de la Ayuda Federal Míster Harry Hopkins, que propone se destine la cantidad de 9,000.000.000 de dólares para la construcción de casas sin marcar tiempo preciso a estas construcciones. El del secretario del interior Míster Ickes de 5,000.000.000 en cinco años, destinados a habitaciones de obreros y empleados.

El de míster Harrimann que destina 15,000.000.000 de dólares a razón de 750.000 casas por año durante 1 años, etc., etc...

(5) «El Tennese Valley Authority» es una notable experiencia que permitirá, fuera de otras conclusiones, saber cuánto cuesta la producción de la energía eléctrica pública y cuánto se ha pagado la privada. Este ensayo engloba a una población de dos millones de habitantes y 2,400 pueblos y ciudades.

Indudablemente es siguiendo las rutas de la *Dnieprostoi* rusa, que se ha lanzado Roosevelt en este camino del principio de la socialización de los servicios públicos, comercio e industria de una rama tan importante del trabajo humano, como la de la electricidad.

más amplio sentido proteccionista la producción agropecuaria extranjera.

Tales medidas tomadas por un país como Norteamérica, de tradición librecambista, crearon inmediatamente una parálisis en las naciones coloniales dependientes de sus importaciones, parálisis que a su vez aumen-



tó la crisis en el interior del país, disminuyendo, como se comprende, no sólo el comercio de exportaciones norteamericanas, contraído grandemente, sino el de las exportaciones de los países coloniales (en parte sus importaciones) con resultados de merma total del comercio mundial. De más está decir que era el camino seguido por muchas de las naciones como anteriormente analizamos y por el resto del mundo después.

Pero América como Gran Bretaña no sólo son exportadoras o importadoras, sino que en el mecanismo mundial comercial son acreedoras y cobradoras de intereses y pagos por empréstitos imperiales, etc.

Para que las naciones deudoras puedan pagar fácilmente, las importaciones de América tienen que ser evidentemente mayores. Las naciones deudoras en el régimen capitalista necesitan tener un saldo favorable comercial para equilibrar sus pagos, lo cual no sucedió y numerosos Gobiernos sudamericanos suspendieron el pago de intereses de las deudas públicas.

América cerró sus fronteras, pero nadie le pagó un centavo ni podrá pagarle si no las abre. El imperialismo pide a los pueblos deudores expoliados que abonen sus deudas, pero impide al mismo tiempo la creación de los medios de pago. Funesta contradicción que no trae más que la ruina de los pueblos entre la abundancia de materias primas y manufacturadas.

Lo más interesante es que las medidas para el restablecimiento internacional las fundamentan en otras medidas, que son la ruina misma del comercio internacional, como por ejemplo las que preconiza el roo-

seveltismo por boca de uno de sus ministros, el de Agricultura, Mr. H. A. Wallace: (6), reducción de las superficies cultivadas y aumento de las exportaciones en 1,000 o en 500 millones.

EN LA AGRICULTURA

Para mejorar la situación era necesario que se facilitara créditos a la agricultura y se elevase los precios de los principales productos, como son el trigo, el algodón, etc.

La ayuda agraria que Roosevelt da a su país es una legislación agrícola terrible, por medio de la cual van a soliviantar al campo derrotado por la ciudad e incapaz de seguir el mismo ritmo que la industria.

El proyecto procede de la *reducción de la producción* de los productos básicos de la agronomía: algodón, maíz, trigo; ganado vacuno, porcino, ovino; manteca, crema, arroz, tabaco, para eliminar el excedente y aumentar automáticamente los precios.

«La reducción de la producción se operará por medio de la aplicación de tres planes definidos: el «Smith Cotton Option Plan», en cuanto se refiere al algodón; el «Domestic Allotment Plan», y el «Federal Land Leasing Plan» con respecto a los demás productos. En pocas palabras quedará explicado el «Smith Cotton Option Plan». La Junta Agraria Federal y otras instituciones de gobierno están en posesión de unos 3.000.000 de balas de algodón. Este *stock* será entregado ahora al secretario de agricultura. Los productores de algodón serán invitados a reducir su producción en un 30 por 100 y, una vez probado que han procedido a esa reducción, se les permitirá recibir del Gobierno, a un precio convenido, la cantidad de algodón en que mermó su producción en comparación con el año pasado. En esta forma, la producción del año será reducida — factor importante que tenderá a aumentar los precios del mercado —

(6) «El volumen de las exportaciones depende del volumen de los productos que el país puede aceptar en pago de aquellas. Durante el año pasado la deficiencia entre ambos valores estuvo compensada por el ingreso de oro, pero pocas naciones se encuentran en situación de seguir enviándolo sin poner en peligro la base de sus signos monetarios. Por ello la Unión se ve frente a la posibilidad de que continúe el actual bajo nivel de sus exportaciones, y el peligro real e inmediato de nuevas mermas, siempre que no se adopten medidas para acrecentar en todo lo posible la entrada de productos extranjeros. Sin embargo, el sencillo postulado de que los Estados Unidos para tener exportaciones deben tener importaciones sólo cuenta en el país con un apoyo verbal y los grupos minoritarios claman, como antaño, por favores especiales que les permitan apropiarse de una parte mayor de la riqueza nacional. De 177 proyectos de ley y mociones referentes al comercio exterior presentados al Congreso hasta el 1.º del mes en curso, solamente cinco de ellos tuvieron por mira aumentar las importaciones, en tanto que 56 tendían a restringirlas. Más aún, algunas personas adoptan el punto de vista de que los Estados Unidos deben mantener las barreras aduaneras en forma suficiente para excluir de la Unión todo lo que sea un producto extranjero, y otros argumentan que la producción local es eficiente, sin definir esa eficiencia. La tendencia de la opinión ha sido excluir todos los productos que, aun lejanamente, puedan ser competidores de los locales.»

el Gobierno se libraré de gravosos *stocks*, y los productores podrán vender la misma cantidad de algodón que el año pasado. Cada uno de los demás productos será objeto de medidas distintas, por separado, cuando se apliquen el «Land Leasing Plan» o el «Domestic Allotment Plan», o ciertas providencias de ambos proyectos.

«Con respecto al trigo, el secretario de Agricultura arrendará probablemente cierta proporción de las tierras trigueras de los agricultores, digamos un diez o un quince por ciento, de acuerdo con la cifra en la cual se piensa reducir la producción. Luego, el Gobierno dejará improductivas esas tierras o las empleará para otros fines. Se cree que el Gobierno podrá arrendar terrenos para cultivo de trigo a unos tres dólares el acre (10,404 hectáreas) por la estación agrícola. En cuanto al maíz, se aplicará posiblemente el mismo procedimiento, aunque es posible que se vincule el problema del maíz con el de los cerdos, a fin de obtener doble resultado de una sola medida. Se anticipa que, en el caso del maíz y de los cerdos, el pago de arrendamiento por el abandono de la producción de maíz en una tierra será condicionado por una reducción correspondiente de la cantidad de cerdos puestos en venta por el productor. En cuanto se refiere al ganado vacuno y ovino y a la leche, se aplicarán algunas medidas del «Domestic Allotment Plan», vale decir, que se ofrecerá a los agricultores subsidio en efectivo si acceden a reducir su producción en un tanto por ciento. Se espera que el proyecto se financiará por sí solo, por lo menos en cuanto concierne al Gobierno federal, pues los fondos necesarios se reunirán imponiendo gravámenes a los transformadores, como por ejemplo los molineros, las fábricas textiles y las casas donde se envasan los productos. El impuesto que se aplicará al transformador del producto será comparativamente reducido, de modo que el consumidor no soportará una carga muy pesada. El secretario Wallace declaró categóricamente a este respecto, que «en ningún caso podrá ser esquilimado el consumidor». «Si una reducción energética del área cultivada y de la producción resultara suficiente para aumentar los precios y restablecer la debida paridad entre los productos agrícolas e industriales el impuesto a la transformación de los productos será reducido», dice W. W. Davies, en «La Nación» de Buenos Aires.»

La indemnización a los agrarios puede calcularse en más de mil millones de dólares. Los precios de los productos agrarios aumentaron de 1933 a 1934 en 17 puntos. Los precios de los productos vendidos en general al por mayor y adquiridos por los agricultores aumentaron en 20 puntos.

El Gobierno acordó créditos a las farmers. Impidió que los bancos de crédito agrícola quebraran. El Estado garantiza las antiguas deudas.

Claro que estas medidas tienen importancia por tocar a 33 ó 34 millones de habitantes.

DEPRESIÓN INDUSTRIAL

He aquí el capítulo madre de la reforma americana. Siendo un país eminentemente industrial, lo fundamental era, pues, la N. R. A. propiamente dicha

(National Recovery Administration) para lo cual, incluyendo también a los obreros de la industria, el Gobierno destina 251 millones de dólares mensuales.

Las industrias en general, como la agricultura, reciben un estimulante con la baja del dólar, doble estímulo; por un lado se aumenta la producción y por otro un estímulo psicológico (trabajo de ilusionismo) como el que pasa en la Argentina con la baja del peso y el aumento de los precios de productos agrarios. Las exportaciones pueden aumentar. Por lo menos se trata de aumentar las exportaciones teóricamente.

EL PODER DE LOS INDUSTRIALES

En América 200 grupos de monopolios, en el año 1930, controlaban el 91 por 100 de las industrias. Monopolios formidables que desde el año 1920 al 1930 habían, en el peor de los casos, triplicado sus capitales. En Estados Unidos el 4 por 100 de la población es dueña de las 5/7 partes de la fortuna del país.

Hay que quitar un poco de poder a los industriales. Para esto la N. R. A. quiere por lo pronto ordenar la producción. Es un intento de ordenamiento de la productividad, por medio de un sistema que se llama codificación. Los códigos son instrumentos de fiscalización de las industrias y no han sido, por supuesto, inventados o creados por la N. R. A.; ya existían en varias industrias, en los monopolios, en los trusts, en los kartels, etc. Pero los códigos a que se refiere la N. R. A. tienen la diferencia que ya no son hechos por el capitalismo privado exclusivamente, sino con la intervención del Gobierno que, entre otras cosas, tiene en cuenta la demasiada explotación de los obreros, la limitación de la competencia y otras medidas gremiales.

El código proviene de un ordenamiento particular, experimental de la industria en el cual se combinan las necesidades prácticas, las experiencias y por fin la legalización de todo ello.

Cada industria tiene su código y ellos abarcan concretamente 250 grandes ramas y 750 ramas menores (7).

En las industrias la reforma toca directamente a 24 millones de personas en 2.520.000 firmas.

A fines del 34 habían sido aprobados 480 códigos y más de 400 estaban pendientes y en proceso de

(7) «El proceso de codificación de la N. R. A. reconoció 17 grupos industriales: textiles, cueros, caucho, productos forestales y madera, papel, imprenta, petróleo y carbón, productos químicos, granito, arcilla y vidrio, hierro y acero, metales no ferrosos, alimentación, maquinaria, equipos de transporte, talleres de reparaciones ferroviarias, industrias diversas y grupos comerciales y profesionales varios.»

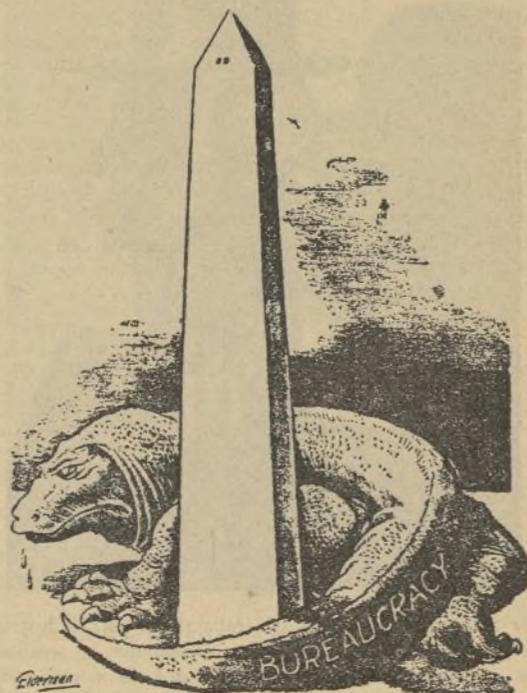
«Para estos grupos se redactaron y sancionaron 421 códigos de industrias básicas y 32 de industrias suplementarias o afiliadas. En el grupo de textiles hay 60 códigos, 56 en el del hierro y acero; 54 en maquinarias; 53 en industrias varias; 42 en granito, arcilla y vidrio; 29 en papel; 26 en grupos comerciales y profesionales varios; 18 en productos forestales y maderas; 17 en productos químicos; 17 en equipo de transporte; 12 en alimentación; 11 en cuero; 10 en metales no ferrosos; 7 en petróleo y carbón; 6 en imprenta; 3 en caucho y uno para los talleres de reparaciones ferroviarias.» ¿Qué ha conseguido Roosevelt? : R. Moley.

estudio y aprobación. Un 96 por 100 de la gran industria y un 93 por 100 de toda la industria americana caían en la inmensa reforma.

La misión de los códigos es fijar los precios, limitar la producción y defender a los consumidores... y su mecanismo burocrático — diremos de paso — cuesta al país 42 millones de dólares anuales.

Por cuanto se refiere al éxito de ellos, en lo cual va concretada su aplicación, citaremos la opinión de la F. A. del Trabajo (parte interesada), que dice: «No reconozco fábrica donde el código sea íntegramente respetado».

Es evidente que la idea fundamental del experimento en este aspecto es establecer una unidad de cooperación entre los grupos que tienen intereses encontrados, en lugar de proceder por la vía de la competencia o de las luchas entre el capital y el trabajo.



Cooperación que práctica e históricamente no se puede conseguir sólo por la intervención del Estado, sino por una auténtica socialización (8).

Se puede decir que mediante los Códigos y otras medidas, el Gobierno aspira a un verdadero contralor de la producción y ya la va consiguiendo en las ramas petróleo, carbón, acero, petróleo bruto, etc.

UNIFORMAR LAS CONDICIONES DE TRABAJO

Como las condiciones de trabajo, principalmente por desorganización originaria, en el régimen capitalista son enormemente variadas y, por lo tanto, dificultan una

(8) En uno de sus discursos decía Roosevelt: «La prosperidad nacional crece cuando los hombres cooperan, pero queda estancada en una atmósfera de desentendimiento e incomprensión.»

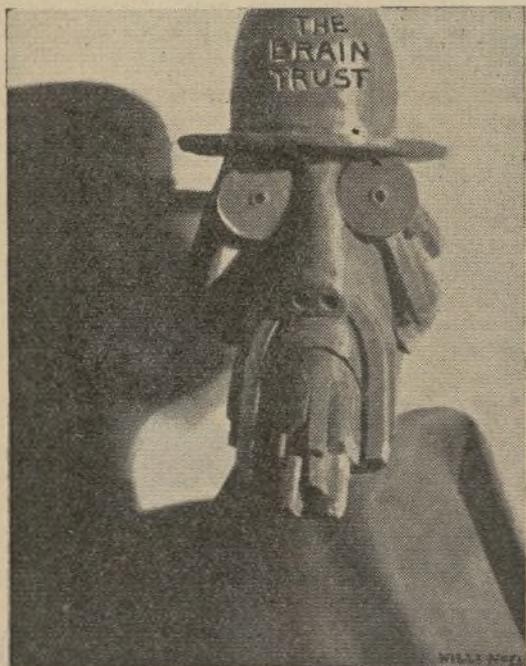
«Llegaron los tiempos de una cooperación de la banca, de la industria, del capital y del trabajo...»

natural y racional organización, trata de uniformarlas simplificándolas y unificándolas en lo posible para el mayor ordenamiento y rendimiento, aunque prácticamente no lo consiga.

FIJACIÓN DE LA JORNADA Y SALARIO MÍNIMO

Se reglamenta el tiempo de trabajo. Se disminuye la jornada que en algunas industrias era de 48 horas y en otras de 40, en líneas generales a 30 y 36 horas semanales.

«En el código de la industria textil del algodón, el salario mínimo se encuentra fijado en 10 dólares por semana en el sur y 11 en el norte. La semana



fué reducida a 44 horas de trabajo. En esta industria y sucesivamente en las otras, a medida que se creaban los códigos, los salarios se elevaban, allí 5 por 100, aquí 10 por 100, y algunas veces 15 por 100.» Sin embargo, decía el general Johnson: «No hay regla única para el país, porque el costo de la vida varía de una región a otra... Pero las cifras mínimas para la clase menos favorecida de trabajadores no deben caer más abajo de treinta y dos horas de trabajo y de 14 dólares cuarenta por semana».

Se aceptan finalmente las siguientes cifras: «En la industria del acero 40 horas semanales y de 10 a 16 dólares; en la industria del carbón 36 horas y 4 y 5 dólares. En la industria de la madera 48 horas y 10,80 dólares; en la industria de la lana 40 horas y 14 dólares; en las del vestido la misma tasa...» (9) Los empleados tienen 40 horas y en ciertos negocios 52...

Se excluye a los patronos de 2 hombres y a los pueblos de menos de 2,500 habitantes.

(9) *La vraie révolution de Roosevelt*, pág. 170, por Robert de Saint-Jean.

La reducción de trabajo es también reducción de salarios. La media del salario era en mayo 16,71 y Roosevelt la bajó entre 10 y 14 dólares.

El código transforma la mínima en máxima y a los trabajadores a quienes se les pagaba menos no se les incluye en los contratos (mandaderos, ayudantes, limpiadores, barrenderos, etc., etc.).

Los precios y salarios son más de un 20 y 25 por 100 inferiores a 1929.

Como se ve, hay una disminución de la jornada, pero también hay una franca disminución de los jornales. El salario mínimo fijado para una gran cantidad de industrias debiera ser compatible con un alto *standard* de vida, mas no lo es por el mecanismo regulador y propio de la economía capitalista, en la cual se evidencia la lucha de la absorción del trabajo por el capital.

Disminución de horas de trabajo y aumento de salario es incompatible con la existencia de capitalismo y trabajo en oposición y combate constante...

SUPRIME EL TRABAJO DE LOS NIÑOS

En aquel país trabajaban en 1927 más de tres millones de niños entre los 6 y 13 años, trabajo que la Suprema Corte, de acuerdo con los grandes industriales, hace algunos años declaró constitucional.

Trata de mejorar las relaciones entre patronos y obreros impidiendo los conflictos o reglando los tópicos de acuerdo a los intereses de ambos, pero, como más tarde veremos, de acuerdo sólo a los patronos, que en definitiva son los que pueden aspirar a ventajas.

Tregua entre el capital y el trabajo para salvar a las clases dominantes en su dominio económico y político.

LA LUCHA MONETARIA

Era evidente que la moneda podía ser un instrumento para ser usado en su debido tiempo, así lo han comprendido como vimos todos los países del mundo.

El oro es embargado poco tiempo después de asumir el mando y quien tenga oro se encuentra amenazado de gravísimas penas, 10 años de presidio. Los buenos ciudadanos americanos que habían recibido de sus padres y abuelos, etc., el hecho de guardar oro como una virtud, el ahorro, hoy se lo presenta el Gobierno como un delito y vicio...

En abril del 33 se abandona el patrón oro (10) cosa que por supuesto como vimos anteriormente, no es nada más que un arma de lucha en el campo del capitalismo y de la especulación internacional. Se disminuye el 50 por 100 de su valor legal en metálico y se emiten 3,500.000.000. En enero del año 1934 el dólar sufre otra inflación. Se revalúa entre el

(10) «Es evidente — dice Richard Lewinsohn — que del punto de vista de la situación económica, los países en los cuales el patrón oro fué rigurosamente mantenido y que practican una política estricta de deflación, están en inferior postura que aquellos en que la moneda ha sido despreciada o manipulada por el control de las divisas y que practican una política económica más o menos inflacionista». Op. ct., pág. 204.

50 y el 60 por 100 de su antiguo contenido metálico... Un día después es revaluado el dólar a 59,06 por 100 con lo cual el Gobierno hace una ganancia de 2,803.000.000 de los cuales destina las 2/3 partes para fondo de estabilización (11).

J. Fisher dice: «La política monetaria del presidente Roosevelt es operar con el oro, al mismo tiempo que se pone en práctica otros medios, hasta conseguir restaurar el nivel de precios a su altura normal y entonces estabilizar este nivel».

La inflación de la deuda pública hizo que el Estado colocara miles de millones de tributos, con lo cual se contrarrestaba en parte el daño de la deflación.

La N. R. A. se propuso elevar los precios agrarios e industriales, elevar los jornales, aumentar el rendimiento de los impuestos, dar trabajo a los desocupados, quitar la asistencia a los desocupados y la ayuda financiera a las empresas, sostener el sistema bancario que se hundía, fortalecer el mecanismo del crédito, en coma por la crisis, organización de la producción industrial y agrícola — que fuera en lo posible justa como la demanda —. Principios de fiscalización de las condiciones de trabajo, de los precios y de la producción. Aumento del volumen de compras, activar el comercio y limitar algunas ganancias.

La N. R. A. abre en América la vía de la economía dirigida bajo los principios de una fiscalización en plena dictadura política, pues Roosevelt tiene las facultades de un dictador por lo menos mientras duren sus poderes... (12) ya que, sin pedir permiso a nadie, infla la moneda, destruye producción, sostiene precios, rebaja jornales, reduce o acelera el ritmo del aparato productor capitalista.

Teóricamente, al aumentar los precios agrarios e industriales, la capacidad adquisitiva de grandes masas, más de 55 millones de personas, se acrecienta. Al dar ocupación a los desocupados, sus facultades de consumo también se acrecientan y retorna a la vieja

(11) Ver *La política monetaria del presidente Roosevelt*, por J. Broide.

(12) Cuando los «leaders» republicanos fueron enterados de que el proyecto de ley convierte al Presidente en dictador virtual durante un período ilimitado, explicó Roosevelt que pedía la autorización solamente para tres años y que no tiene el propósito de crear un antecedente legislativo que dé al Presidente el dominio sobre los aranceles.

El Presidente declaró que el Congreso puede en cualquier momento derogar la ley; expresó categóricamente que no busca autorización para negociar tales tratados después de vencido el período de emergencia de tres años.

actividad todo el sistema medio paralizado. Más adelante analizaremos estas posibilidades...

En tal sentido la N. R. A. trata de activar el mercado interno vencido por el colapso capitalista.

Pero el mercado interno no es todo para un país de grandes exportaciones como es América; entonces la reforma rooseveltiana tiende a extenderse hacia el exterior, ya por las palabras que pronunciara el ministro Wallace ya por una serie de tratados que firmará el presidente con distintos países del mundo.

Trata el Gobierno de firmar pactos de reciprocidad concediendo ventajas aduaneras a los países que no castiguen los productos norteamericanos. Se extiende a todas las naciones las mismas reducciones concedidas a las que establecieran negociaciones individuales (13).

(13) «Roosevelt ha dividido el mundo en tres categorías, en cuanto se refiere al goce de las franquicias acordadas en el acuerdo con Bélgica, que fué formalmente proclamado hoy. Canadá, Holanda, España, Suiza y el Principado de Lichtenstein, todos los cuales están en activas negociaciones comerciales con los Estados Unidos, se beneficiarán con las reducciones arancelarias establecidas en el pacto con Bélgica, hasta seis meses después de la fecha en que comience a regir, pues para ese tiempo se espera que estarán concluidos los respectivos convenios. Dinamarca, Italia, Alemania y Portugal gozarán las mismas ventajas aduaneras hasta 30 días después de notificar Mr. Roosevelt, por intermedio del Departamento del Tesoro, que cada una de esas naciones no está ya unida a la Unión por cláusulas de país más favorecido; Italia es la única, de esta categoría, que tramita un acuerdo comercial en estos momentos con los Estados Unidos. El resto del mundo, en el que, como se ve, está incluida la Argentina, obtendrá las franquicias de la rebaja de aranceles «mientras tales derechos sigan en vigor, y esta política no quede modificada respecto de cada uno de esos países.»

En el Departamento de Estado se añadió: «De conformidad con esta política, las reducciones de aranceles, establecidas en los acuerdos comerciales con naciones extranjeras, serán extendidas inmediatamente a los productos semejantes de todos los países, a cambio de un trato imparcial del comercio norteamericano.»

El Departamento de Estado advirtió, además, que la fiscalización de los cambios debe ser practicada de manera que asegure «un trato imparcial y equitativo para los ciudadanos y el comercio de los Estados Unidos». Para que se considere que no es una medida perjudicial para la Unión, exclusivamente, todo reparto de disponibilidad de cambios debe ajustarse al caudal natural del comercio, y no basarse en la teoría de que las divisas se conceden, para el pago de las importaciones de una nación en particular, según lo que produzcan las exportaciones a dicha nación.



Bélgica, un nuevo experimento

UNA REMINISCENCIA

Había una vez un rey derrochador. Sus guerras y las de sus antecesores y el gigantesco boato de la corte habían llevado el país a la ruina. Los impuestos eran confiscados antes de ser recogidos. Los funcionarios no recibían ya su sueldo, las deudas no eran pagadas, ni siquiera había dinero para los intereses. Nadie quería prestar dinero al Estado y al rey.

De repente apareció un salvador. Un rico banquero tuvo una idea genial. Hasta hoy no se le pudo suplantar por otra más ingeniosa. Hizo imprimir papel moneda. Eran recibos contra el oro guardado en su Banco. Confiando en la riqueza del banquero, cada cual le llevó su oro. Éste dió en cambio signos monetarios en papel y la garantía de devolver un tiempo más tarde el oro y además altos intereses. Con su oro salió el banquero en garantía de las deudas del rey. En la corte se quedó libre de preocupaciones. Siguió imperando el júbilo y la alegría, el derroche prosiguió su curso. Todo el país debía ser feliz y rico. En agradecimiento por el servicio prestado hizo el rey del Banco un Instituto real. El comercio con Oriente prometió nuevas riquezas. Se fundó una compañía comercial de las Indias. El banquero lanzó acciones que habrían de aportar grandes ganancias. Nominalmente tenían el valor de 500 libras. Pero se pagó hasta 20 mil libras por algunas. El comercio y la especulación florecieron. En pocas horas se convirtió alguno en un hombre rico.

Era el buen tiempo viejo. No había todavía ferrocarriles ni superproducción. Pero había pobreza y miseria como hoy.

La magnificencia de la nueva bendición no duró mucho. Los poseedores de las notas de Banca y de las acciones caramente adquiridas esperaron en vano el torrente de oro. Las ganancias esperadas no llegaron. Entró la duda en el corazón de los hombres. El valor real de las notas bancarias y el alto valor de las acciones existían sólo en la cabeza de las gentes. Corrieron todos al Banco Real, queriendo cada cual volver a tener su oro. Pero el banquero había dado recibos en gran desproporción con el oro que tenía en sus arcas. La mayoría de los poseedores de notas bancarias y de ac-

ciones no volvieron a recuperar su dinero. Nadie quiso volver a entrar en el Banco de rue Quincampoix, y cerró sus puertas. El Banco de Estado Real había hecho bancarrota...

¿Una leyenda? De ninguna manera. La historia es verídica. Tuvo lugar en Francia. El rey se llamaba Luis XV, el banquero Jean Law; este fué el inventor de los signos bancarios.

CONTRASTE DE LA ECONOMÍA CAPITALISTA

220 años han pasado desde entonces. El capitalismo conquistó el mundo. Se hizo grande y poderoso. Pero hoy está viejo y enfermo. Sus detentadores quieren salvarlo, sus víctimas desean su ruina.

Con él vino la producción mecánica. Gracias al milagro de la técnica moderna el hombre es capaz de asegurar el bienestar a todos. Pero la cosa quedó como antes. Los productores no tienen derecho a los productos por ellos elaborados. La distribución de las riquezas es injusta. Los unos tienen todos los deberes y pocos derechos, los otros disfrutan de todos los derechos y apenas necesitan cumplir algunos deberes. No hay una relación interna y verdadera entre trabajo y consumo, entre esfuerzo y crédito. Hay materias primas, máquinas y productores. Pero las materias primas quedan inaprovechadas, las máquinas descansan, los productores mueren de hambre. No se produce lo que todos necesitan, pues tierra, materias primas y máquinas son propiedad privada. Los poseedores temen pérdidas si ponen en función sus máquinas, restricción de sus beneficios, disminución de sus riquezas y reservas. Los no propietarios no tienen bastante dinero para poder comprar los productos. Por eso descansan las máquinas. Por eso impera la desocupación. Abarrotamiento de los mercados, dicen los unos; subconsumo, dicen los otros. Elevemos la fuerza adquisitiva de las masas, dicen los teóricos. Si las masas pueden comprar, entonces ganan los capitalistas, las máquinas se ponen en movimiento.

En los Estados Unidos intentó su presidente Roosevelt un gran experimento. Quería reanimar el mercado por la elevación de la capacidad adquisitiva de las masas.

¿Resultado? ¡Miserable! Por mucho que se agite, no se sale de la crisis. Vuelven los kraks bancarios y las bancarrotas en todos los países. La desocupación no retrocede, la paralización de la vida económica pone como una capa de nieve sobre toda la tierra, sofocando toda esperanza en una nueva germinación.

LA CATÁSTROFE BELGA

Esta vez se ha escapado por muy poco en Bélgica a la bancarrota bancaria. Se pudo evitar la catástrofe, pero al precio de una desvalorización monetaria de 28 por ciento. Mejor perder una parte que todo, dijeron los belgas.

Comenzó hace ya un año. Entonces sonó la hora del Banco obrero. Los peritos burgueses declararon que la culpa era de la incapacidad de la dirección. Hoy, cuando los Bancos capitalistas están ante el mismo peligro, se confiesa que es la crisis. Pero esta vez las proporciones fueron tan grandes que la crisis económica y la crisis bancaria produjeron la caída del Gobierno.

Francia, Holanda, Suiza y Bélgica son los países del patrón oro. Francia lo ha sido. Para sus productos industriales no encontraba mercados, ni en el exterior ni en el interior. Alemania, su temido concurrente, vende en el extranjero más barato que en el interior. Para ese fin creó una moneda especial de exportación. Los obreros en Alemania pagan con su sudor la exportación barata al extranjero. No pueden protestar, porque la Dictadura los contiene. Así estaba Bélgica en el potro del tormento. Largo tiempo esperaron sus rentistas y su clase media. La desvalorización del franco significaba para ellos pérdidas. No querían reducir sus ahorros. Cuando el nuevo Gabinete propuso la desvalorización monetaria, había diversas opiniones, incluso en el Parlamento. Pero los Bancos no pudieron contenerse más. Los Bancos habían entregado el dinero que se les confiara a empresas comerciales e industriales. Las empresas cesaron de percibir ganancias. No pudieron devolver los créditos a los Bancos. Los Bancos quedaron paralizados.

No fué mejor la cosa a los establecimientos públicos de crédito. Diez mil millones de francos estaban congelados en la Banca de ahorro nacional Treinta y siete mil millones de empréstitos internos debe el Estado a la población. No había más que dos caminos:

o bien los Bancos cerraban sus puertas o el franco debía ser desvalorizado. El viejo Gobierno no quería ni lo uno ni lo otro. No había una tercera solución. Por consiguiente se retiró el Gobierno. De acuerdo al modelo de Francia, se formó un Gobierno de unión nacional. Y yendo más allá del ejemplo de Francia, el Partido obrero participó también en la formación del Gobierno. Amenazando poco antes con la huelga general, modificó el Parti Ouvrier Belge rápidamente su táctica cuando se le ofrecieron puestos ministeriales. Henri de Man, autor de las festejadas teorías del socialismo planeado, ingresó en el nuevo Gobierno van Zeeland. Quedando fiel a su «predestinación», se hizo cargo de Man del ministerio de Obras Públicas, y de la supresión de la desocupación. El nuevo Gobierno, con ayuda de los socialdemócratas, desvalorizó el franco. Los Bancos fueron salvados, y se espera también reanimar la exportación. Los artículos belgas en el extranjero serán más baratos. Pero del aumento de la exportación no habrá ni siquiera que hablar. Francia aumentó ya las tarifas aduaneras para los artículos belgas. Otros Estados tomarán seguramente iguales medidas. Schacht, el dictador económico de Hitler, sea dicho al pasar, hizo la cosa más hábilmente. Desvalorizó sólo la moneda de exportación. El mercado interno quedó intacto. Con ello abarató la introducción de materias primas para Alemania. De esa manera el precio de los artículos de exportación de Alemania pueden ser más bajos. En el experimento belga frente a una problemática reanimación de la exportación se tiene ya una segura carestía de la importación. El franco desvalorizado habrá de ser expuesto a duras pruebas. Tendrá que ser protegido por mayores existencias financieras.

INCONGRUENCIAS DEL SOCIALISMO

Lo mismo que el Partido obrero noruego, el Partido obrero belga ha asumido la responsabilidad de la política del reino burgués. Se pondrá en evidencia si el plan de Man, que ha aceptado el Partido obrero belga, es un camino hacia el socialismo. Hay que dudar. Partidario de la desvalorización del franco, vió de Man en ello sólo una posibilidad para la reanimación de la economía. Sus correligionarios Brouckère y Artur Weauters son adversarios de la desvalorización. El punto de vista de Man triunfó.

Por la desvalorización se cree disponer de medios financieros para obras públicas a fin de superar la crisis económica y de combatir la desocupación. El futuro demostrará que esa esperanza no se ha cumplido. Actualmente los medios obtenidos sirven de garantía para el franco. Quedan bloqueados, improductivos.

Algunos teóricos socialdemócratas creen y dicen que la crisis económica puede ser combatida por el aumento del consumo. Ensancharse de la circulación fiduciaria (inflación) o desvalorización son considerado como medios para ese objetivo. ¿De dónde han de llegar los medios para la elevación de los salarios, para el aumento del consumo de las masas? El dinero «congelado» en la industria y el comercio, no existe, es pulverizado. Instalaciones industriales se han convertido en muchos lugares en cementerios económicos; los recursos en ellas concentrados son insalvables. No se puede recuperar nada, nadie compra los establecimientos, pues nadie puede atreverse a poner en marcha la producción.

Si se comienza con el dinero, no se puede llegar muy lejos. Si reduce el Estado el interés, nadie le prestará dinero; el dinero permanecerá en el fondo de las medias de lana y en los escondites; si aumenta los intereses, los ahorradores recelosos temen la desvalorización. Hay que crear nuevos signos de cambio.

Por eso dicen los inflacionistas: Se requieren créditos extraordinarios, trabajos extraordinarios creados por el Estado.

Pero tampoco el Estado dispone de medios ilimitados. Si sus recursos se agotan, la situación es peor que antes. Esto lo saben bien los inflacionistas, como los economistas experimentales a la Roosevelt y de Man. Ellos consideran su experimento como provisorio. Necesitan tiempo. Ganar tiempo es para ellos ganarlo todo. Tiene que venir alguna vez, se dicen, una nueva prosperidad. Crean en la fuerza inmanente del capitalismo. Siempre se ha visto que a la depresión de un período siguió la reanimación. El desarrollo técnico puede retardar ésta, pero tiene que venir. Esta es la última piedra de su conocimiento científico. En la certidumbre de que la demanda será alguna vez mayor que la oferta, buscan medios para resistir. Pero se equivocan. En el estado actual de la técnica la «superproducción» es un estado normal de cosas. No podremos ya salir de ella.

No obstante las teorías marxistas de la

economía, sostienen que la crisis será superada, cuando todos los depósitos queden vacíos, cuando todas las materias primas hayan sido empleadas. Lenta pero seguramente viene luego, según su presunción, el aumento de los precios, y la economía se pondrá de la grave crisis. Una vez estancada la curva de la depresión, comienzan a elevarse los precios. Este es su lenguaje. Como golondrinas al comienzo del verano se muestran en el horizonte del desarrollo económico en el aumento de los precios de las materias primas los mensajeros de la próxima ascensión.

La realidad castiga estas teorías mentirosas. Los economistas que quieren determinar el porvenir del desenvolvimiento económico, como el químico determina ácidos y sales en las retortas, no son más meritorios que la adivina que predice a la muchacha sedienta de amor sus aventuras sentimentales a través de la borra del café. Aun cuando ellos mismos crean en la veracidad de sus análisis económicos, el proletariado tiene que cuidarse de fundar su convicción socialista sobre esos fallos de oráculos.

Si antes se requerían años, hoy se necesitan sólo meses para llenar los depósitos vacíos. Si antes quedaban meses, quedan en la actual capacidad productiva años enteros llenos. La proporción es hoy contraria: la prosperidad dura meses, la crisis, años. Esta es la regla; aquélla forma casi la excepción. Una guerra aportaría una interrupción. Luego volvería como antes, si es que no tiene lugar una revolución profunda.

Conclusiones: la desvalorización de la moneda no basta para superar la crisis económica. El libre juego del desarrollo no nos aporta ningún saneamiento duradero. El experimento de Bélgica nos mostrará, como nos ha mostrado ya el experimento en América, que nosotros, a pesar de la economía científica, no estamos mucho más allá de los tiempos de Jean Law, el inventor de las notas bancarias. En la técnica hizo la especie humana progresos, en la organización de las finanzas queda desde hace siglos estancada. Todas las operaciones de crédito y financieras tienen un carácter ficticio. Sólo mediante la intervención en la propiedad de la tierra y de los medios de producción lograremos superar la decadencia económica. Tan sólo después de esa intervención revolucionaria se reconstituirán las relaciones sociales y económicas sobre base socialista.

○ Frente al gesto bélico

por AMPARO POCH Y GASCÓN

Llega pronto — quizá ha llegado ya —, el momento de preguntarnos: Mujeres, ¿qué debemos hacer? ¿Qué debemos hacer ante el gesto bélico que de nuevo hincha sus velas en el horizonte del Mundo? Ahora ya nadie puede quedarse a retaguardia; en las aldeas dolientes pero aun no invadidas; en las ciudades unidas por fantásticos refugios subterráneos. Ya no vale esta vez querer jugar al escondite, porque los aviones se burlan zumbando detrás de las nubes que ellos fabrican; y los microbios vuelan a distancias grandes y los nuevos gases traspasan la ropa, la máscara y la piel. Ahora ya no puede nadie quedarse a retaguardia.

En otro tiempo, mujeres, creísteis cumplir una imaginaria misión en los hospitales, adonde llegaban maltrechos aquellos cuya partida no quisisteis o no supisteis evitar. No. Es necesario impedir que haya heridos, aunque vuestro falso romanticismo se duela por tener que renunciar al tierno papel de enfermera abnegada. No es eso lo necesario.

Todo se conmueve y todo sufre ante la guerra. Aunque no movilizadas, las mujeres también tuvieron que llevar sobre sus hombros el peso terrible. Las de vientre hecho fruto dejaron el recuerdo de los niños de guerra, desmedrados y tristes. Las demás supieron las fatigosas peleas diarias con la escasez, con la substitución de alimentos. Los fisiólogos racionaban en el papel y jugaban con las calorías y las vitaminas como niños inconscientes. Pero el cuerpo humano no es un tubo de ensayo.

¿Qué debemos hacer, mujeres, en este nuevo trance? ¿Otra vez ver marchar a los compañeros de todos los días? En aquel tiempo triste, vosotras tomasteis el arado en su nombre; además — ¿cómo pudisteis ser tan crueles y tan ciegas? — fuisteis a las fábricas de armas y explosivos, para empaquetar y pulir con vuestras manos la más odiosa de las muertes. La que iba zumbando, estallando, sobre las cabezas encogidas de los compañeros de otras mujeres... que también se afanaban porque tam-

bién tenían un pedazo de esa múltiple razón de las guerras.

Ahora, se desvían los ojos femeninos de la tierra yerma en primavera; y sus manos del suave gesto acariciador. Seco y duro el fusil hace con ellas sus ejercicios, y los ojos se entornan, un poco oblicuos, para perfeccionar la formación. ¿También se han embriagado con el gesto bélico? ¿También les ha embriagado la arenga febril y el mito de la patria con su banderita ondulante?

Hay que apresurarse; hay que apresurarse y acabar con todo eso. No levantéis la cabeza, mujeres, para mirar la tela simbólica; bajadla para mirar la evolución humana martirizada cruelmente por sus insensibles directores. No prestéis oídos a los himnos nacionales ni a las palabras retumbantes que os hablen de falsos deberes patrióticos; sino a esa otra voz dulce y profunda que sale del propio corazón y enseña el precepto intangible de amar a todos los seres y todas las cosas.

Reid, reid; no os dejéis prender en las leyendas que, al quebrarse, muestran sus entrañas de lágrimas.

Pasad con energía a defender la paz y la dulzura. Pasad sobre el gesto, sobre la institución, sobre la fuerza y el escándalo. Pero sonriendo siempre.

¿Dónde estáis? Tomad el caballo de la brida; alisad sus crines y decidle que ya no le desgarrará el lomo la estupidez de los hombres hecha metralla. Tomad al soldado de la mano, y en vez de cigarrillos y escapularios, dadle palabras de fuerza. Decidle que el campo abre la boca esperando sus granos; que la fragua es preciosa cuando chisporrotea el fuego y se tiñen de rojo los héroes; que hacen falta casas anchas y bien iluminadas; puentes, carreteras y ferrocarriles; barcos sin cañones que unan a los hombres en vez de exterminarlos.

No mantengáis una pasividad inexplicable e inexcusable. ¿Dónde estáis? No hace falta gritar, sino pasar delante. Llevar la luz, y hundir todo lo que pueda despertar el odio. No aprendáis el gesto militar, mujeres. Mandad sin disciplina; con esa

suave gracia de los miembros sanos y libres; con esa actitud natural de la alegría. Volved la vista a la yema en primavera y la mano al dulce gesto acariciador. Pasad adelante.

Sin jactancia — sin gritar os digo —, obs- truid con el cuerpo la puerta por donde los hombres hayan de salir. Que las manos sean cerrojos y los brazos barras invenci- bles. Hacedos muralla frente a todos los choques.

Sin partidismos, sin distinciones, sin la menor grieta en el dique contra la crecien- te marea.

Poned a salvo contra todos los atentados ambiciosos, contra todos los asaltos del imperialismo y de la crueldad, el principio intangible del amor.

Arruinad por él cuanto sea preciso, sin piedad y sin reflexión.

Salvadlo, porque es la única manera de que todo se salve.

Bibliografía

E. MALATESTA: *En el café*. Prólogo de Luigi Fabbri. Trad. D. A. de Santillán. Edición de la Bca. Emilio Zola, Rafaela (Argentina). Un vol. de 92 págs.

Nueva edición de esta obra en su redacción com- pleta, magníficamente presentada. Con ella son ya tres las ediciones de «En el café» a partir de 1926 en la Argentina.

PROF. G. F. NICOLAI: *Cerebro e inteligencia*. Un folleto de 64 págs. Ediciones Imán, Buenos Aires. Pre- cio 0,50 céntimos.

CAMILO BERNERI: *El delirio rascista*. Versión caste- llana de Armando Panizza. Un vol. de 87 págs. Edi- ciones Imán. Precio 75 céntimos.

V. F. CALVERTON: *El sexo y la lucha social*. 73 págs. Ediciones Imán. Precio 0,75 céntimos.

I. N. STEINBERG: *Política y moral*. Trad. del yiddisch por Juan Gorodisky. Un vol. de 64 págs. Ediciones Imán, Buenos Aires. Precio 0,50 céntimos.

Como todas las publicaciones de Imán, este folleto pone al lector en contacto con un espíritu selecto, con una interpretación especial de los acontecimientos, con una crítica de hombres, doctrinas y cosas que cautiva y sugiere.

¿Qué es el antisemitismo? Encuesta mundial orga- nizada por la Asociación racionalista judía, Buenos Aires 1934. Un vol. de 79 págs. Con respuestas de escritores de diversos países de Europa y América.

MARÍA LACERDA DE MOURA: *Clericalismo e fascis- mo. ¡Horda de embrutecedores!* Un vol. de 212 págs. Editorial Paulista, San Paulo (Brasil).

PIERRE BESNARD: *Le monde nouveau*. Son plan. Sa constitution. Son fonctionnement. Ed. de la C. G. T. S. R. Un vol. de 149 págs. Precio 4 francos.

ERNESTAN: *Le socialisme contre l'autorité*. Un folleto de 78 págs. Ed. Realistes, Boite postale 4, Bru- xelles IX (Bélgica). Precio 3 francos.

UNA GRAN OBRA FUNDAMENTAL



Un volumen
de 240 pá-
ginas. Precio:
3 PESETAS

El pensamiento
de Malatesta

Por LUIGI FABBRI

64 TIEMPOS
NUEVOS

SERVICIO DE LIBRERIA

Obra nueva de gran interés

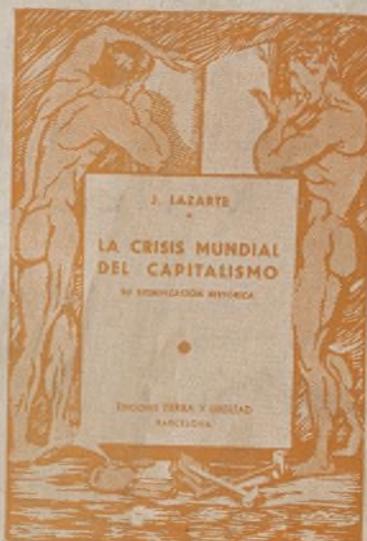
EDICIONES DE TIERRA Y LIBERTAD

Pesetas

Juan Lazarte: <i>La crisis mundial del capitalismo.</i>	1'50
A. Souchy: <i>Erich Mühsam (Su vida, su obra, su martirio)</i>	1'00
R. Flores Magón: <i>Tierra y Libertad (Drama revolucionario)</i>	0'40
C. Berneri: <i>El incesto y la eugenesia</i>	0'60
J. Lazarte: <i>La revolución sexual de nuestro tiempo</i>	0'40
P. Kropotkin: <i>El apoyo mutuo</i>	2'00
Lazarte: <i>La locura de las guerras</i>	1'50

DE OTRAS EDITORIALES

Luce Fabbri: <i>Camisas negras</i>	2'00
Hildegart: <i>¿Se equivocó Marx? ¿Fracasó el socialismo?</i>	2'50
G. Landauer: <i>Incitación al socialismo</i>	2'00
Frank Harris: <i>La Bomba (Novela)</i>	2'00
Ganivet Pierr: <i>Alemania, ayer y hoy</i>	0'50
Longuet Alfonso: <i>El cinema y la realidad social.</i>	0'50
Tcherkesoff: <i>Páginas de historia socialista</i>	0'70
A. Lorulot: <i>Duelo entre los sexos</i>	0'50
R. Rocker: <i>Socialismo constructivo.</i>	0'50
Ch. Cornelissen: <i>Evolución de la sociedad moderna</i>	0'50
M. Nettlau: <i>Esbozo de historia de las utopías.</i>	0'70
Merryson: <i>Crítica a la teoría sexual de Freud</i>	0'50
D. A. Santillán: <i>Las cargas tributarias</i>	2'00
D. A. Santillán: <i>La F. O. R. A.</i>	3'00
M. Nettlau: <i>De la crisis mundial a la anarquía.</i>	3'00
Einstein: <i>La lucha contra la guerra</i>	0'50



Precio: 1'50 ptas. el tomo

FOLLETOS A 20 CTS.

- Pedro Kropotkin: *A los jóvenes.*
 Isaac Puente: *Apuntes sobre el Comunismo Libertario.*
 Enrique Malatesta: *Entre campesinos.*
 Saverio Merlino: *¿Por qué somos anarquistas?*
 Ricardo Mella: *Organización, Agitación y Revolución.*
 Luis Fabbri: *Mi credo social.*
 Sebastián Faure: *Las doce pruebas de la inexistencia de Dios.*

Este libro no necesita elogios, el nombre del autor y el tema sobran para que todos sientan la necesidad de leerlo y de meditar sus páginas

El pensamiento de Malatesta

Por L. FABBRI

Un gran volumen en 8.º mayor, de cerca de 300 páginas.

Precio 3 ptas.

TIEMPOS NUEVOS

Revista de sociología, arte y economía

UNION, 19, 1.º, 2.º - BARCELONA

Número suelto de la publicación semanal, 20 cts. A los agentes y paqueteros, 15 céntimos

Acaba de aparecer
el mejor libro de



HAN RYNER

LA SABIDURIA RIENTE

160 páginas

1'50 Pesetas

EDICIONES
TIERRA Y LIBERTAD

CUADERNOS DE EDUCACIÓN SEXUAL

I. — B e r r e r o
EL INCESTO Y LA EUGENIA

II. — Elías y Eliseo Re
EL MATRIMONIO Y EL AMOR

64 páginas : 0'60 pesetas